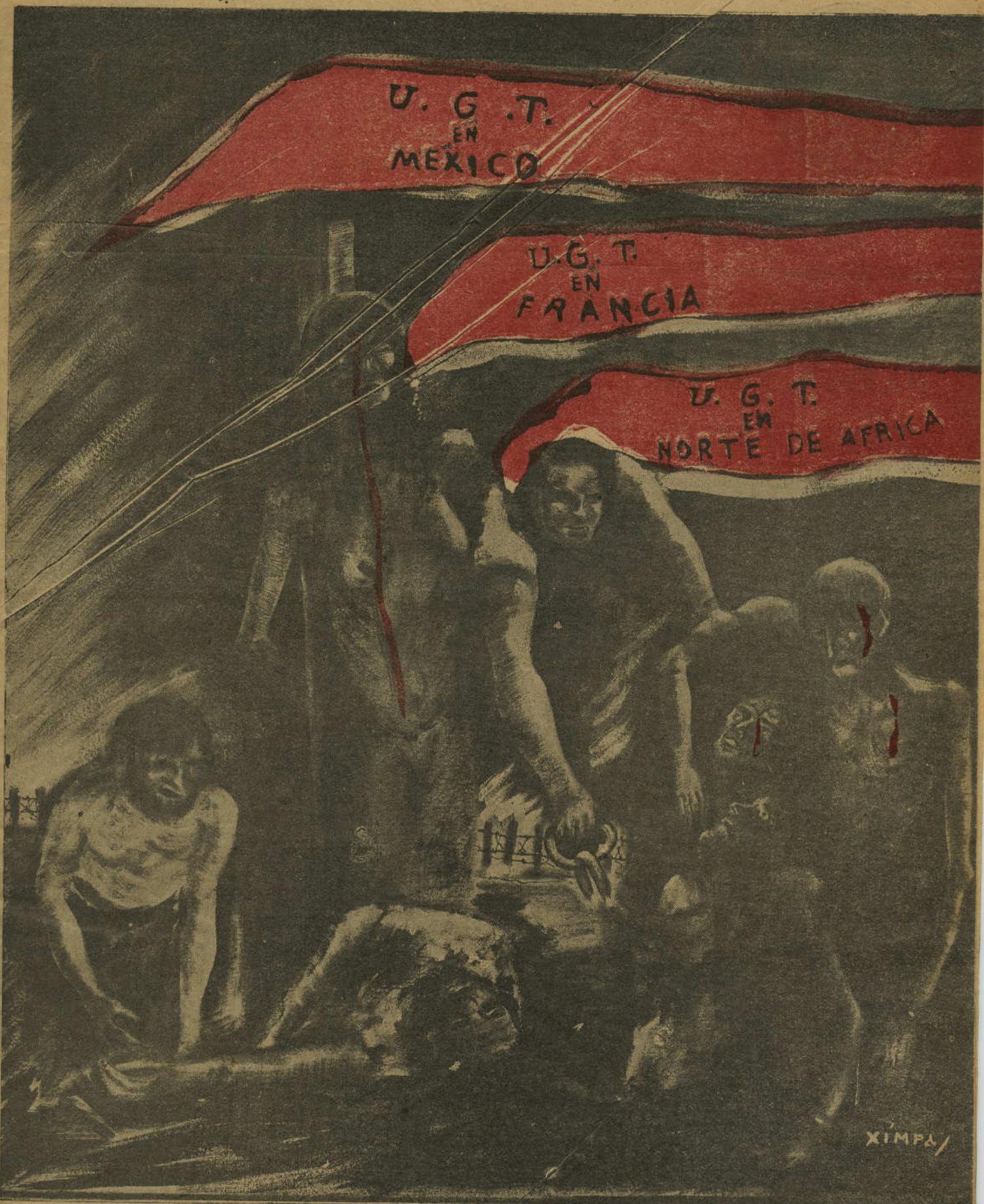


¡SALUD HERMANOS UGETISTAS!



¡Compañeros: la U. G. T. en el exilio no os olvida y lucha con tesón para libertaros de la garra nazi-fascista!



U. G. T. DE ESPAÑA

COMITE NACIONAL

Registrado como artículo de segunda clase en la Administración Central de Correos de México, D. F., el 20 de Septiembre de 1944.

SERVICIO DE INFORMACION SINDICAL

DIRECTOR: PEDRO GARCIA

ADMINISTRADOR: PEDRO VELEZ

TACUBA, 15 - ALTOS

AÑO V

MEXICO, D. F., 10 DE MAYO DE 1945

NUM. 22

Unión General de Trabajadores

Partido Socialista Obrero Español

MENSAJE DE 1º DE MAYO

Redactamos nuestro acostumbrado mensaje de Primero de Mayo con la firme esperanza de que será el último que escribiremos en el destierro. Lo hace suponer así el desarrollo de los sucesos militares, que proclaman la derrota inminente de Alemania con la consiguiente victoria de las Naciones Unidas y la reorganización política de Europa sobre los principios fundamentales de la Democracia, recogidos en la Carta del Atlántico suscrita en agosto de 1941 por Winston Churchill y el desaparecido presidente Roosevelt. Esa reorganización de Europa implica, quierase o no, la desaparición del régimen franquista y la reintegración de España a la legalidad republicana, expresión de la voluntad popular, que por la traición de un ejército pretoriano y con la protección de las armas extranjeras, le fué arrebatada en la guerra encendida en julio de 1936. Lo contrario significaría la más monstruosa de las burlas a la causa de la Democracia. Aun así resultará muy difícil para los gobernantes actuales la explicación de que el régimen falangista haya podido subsistir hasta hoy con su tolerancia, cuando no con su protección abierta, sin embargo de estar repudiado por la conciencia universal. El régimen falangista, sobre todo si se personaliza en un hombre como Franco, se define con tres palabras: muerte, dolor y ruina. Ni el nazismo alemán ni el fascismo italiano pueden compararse en ese orden, no obstante la brutalidad de sus persecuciones y la contienda, sin par por sus dimensiones, a que lanzaron al mundo entero. Ningún pueblo ha conocido jamás una represión comparable a la que ha padecido y padece el pueblo español. En el cortejo de los asesinos con fuero oficial nadie podrá disputarle a Franco el primer puesto en la crónica de la Historia.

Aunque la experiencia de cuantos nos acogemos al título común de republicanos españoles no puede ser más amarga, por la fría indiferencia con que casi todas las naciones llamadas demócratas contemplaron y contemplan aún la tragedia de España, estamos ciertos de que el drama español toca a su fin y de que todos los recursos que se pongan en juego para prolongar la situación presente —empeño en el que algunos gobernantes europeos y americanos andan más comprometidos de lo que conviene a su decoro— serán inútiles. Dos razones alimentan esa confianza.

La primera, que no serán los gobernantes de hoy los que sigan gobernando mañana en la mayor parte de los países del mundo. La segunda, que no se puede herir indefinidamente la voluntad de un pueblo, sobre todo cuando ese pueblo se llama español y tiene por cualidades características el orgullo, la entereza y la independencia, cualidades que ecian por tierra todo cálculo para decidir el destino de España a espaldas de ella misma. El hecho de que haya naciones que conservan y aumentan su imperio colonial, mientras España no supo hacer más que perder el suyo, no quiere decir que los españoles nos prestemos jamás a ser colonizados.

* * *

En el manifiesto con que el Partido Socialista Obrero Español y la Unión General de Trabajadores saludaban el advenimiento de la República en mayo de 1931 decíamos: "Ser socialista en España lleva aparejada por mandato histórico la obligación de ser al mismo tiempo franca y resueltamente republicano". Catorce años después, con la República yacente y los republicanos desterrados o perseguidos con morbosa iracundia dentro de España, reproducimos aquella declaración no solamente como una profesión de fe, sino para que nadie, dentro o fuera de España, abrigue ilusiones de una restauración monárquica contando con una hipotética inhibición o pasividad del Partido Socialista y de la Unión General de Trabajadores, por alto que fuere el precio que se le pusiera a esa inhibición. Una restauración monárquica acordada libremente por el voto de la mayoría merecería nuestro acatamiento, nunca nuestra conformidad. Pero una restauración consumada por sorpresa y merced a influencias extrañas no haría más que convocarnos de nuevo a la pelea, sin tregua ni cuartel. En la primera proposición no cree nadie, ni siquiera los pocos monárquicos que en España subsisten coautores principales de la sublevación de 1936. La segunda sólo puede ser acogida por quienes desconozcan totalmente el pasado y el presente de España e ignoren igualmente la psicología del pueblo español. Es inútil que nadie se quiebre la cabeza en busca de soluciones antirrepublicanas, y el peor servicio que a España puede hacerse es el de patrocinarlas o estimularlas. Sería tanto como empeñarse en remontar la Historia. Y si el desamparo en que

se dejó a la República constituyó una cobardía sin precedentes, y el benévolo trato que se le otorga a Franco significa una ofensa al decoro internacional, la intervención extranjera en apoyo de un nuevo ensayo monárquico equivaldría a una torpeza sin igual y a una injuria que España no podría olvidar.

* * *

Este Primero de Mayo, a la vez que anuncia el término de la guerra, señala el comienzo de la reorganización del movimiento obrero internacional. Si la Conferencia de Londres no ha pasado de ser un leve esbozo de propósitos inconcretos, no por ello deja de ser evidente el impulso profundo que lleva al reagrupamiento internacional de las grandes masas obreras y socialistas. Nuestra opinión a ese respecto se hizo pública hace mucho tiempo. No pensamos que sea necesaria la creación de una nueva Internacional, ni Sindical ni Socialista. La de Amsterdam, que agrupaba a casi todo el movimiento obrero organizado de tipo liberal o socialista, con excepción de los Sindicatos rusos, ha conservado en gran parte sus cuadros dirigentes, no ha perdido el contacto con las secciones de los países ocupados y su trabajo, dentro de las limitaciones que la guerra impone; no se ha interrumpido. No entendemos, pues, por qué ha de ser disuelta, sobre todo cuando no se advierten con claridad los beneficios que reportaría una nueva. En cuanto a la Internacional Socialista, creemos que, una vez reorganizada, rejuvenecida y puesta en marcha —cosa que no podrá ocurrir mientras la guerra dure— sigue siendo capaz de cumplir su función. No se olvide que la mayor parte de las culpas que generalmente se atribuyen a la Federación Sindical Internacional y a la Internacional Obrera Socialista se deben, no tanto a la inacción propia como a la guerra que les hizo la Internacional de Moscú, siniestro esperpento que, sin favorecer a nadie, ni siquiera a Rusia, desarticuló y desmoralizó el movimiento obrero y socialista en casi todos los países del mundo y allanó el camino por el cual había de avanzar triunfante después el fascismo. Esperemos que la experiencia de lo que vale un movimiento obrero internacional no ya desunido, sino en pugna, no haya pasado en vano, bien entendido que la unidad no quiere decir uniformidad absoluta en el concepto ni en la táctica que dentro de cada país haya de seguirse, sino coincidencia en aquellas teorías y

normas fundamentales que permitan en cualquier momento una acción común y procuren una solidaridad internacional efectiva que pese en el mundo de la post-guerra y no puramente retórica, como a menudo vino sucediendo. El Partido Socialista y la Unión de Trabajadores, en el curso de su vida, que les acredita una honrosa veteranía, cumplieron siempre irreprochablemente los deberes que les incumbían como miembros de los organismos internacionales respectivos. Los cumplirán igualmente mañana, cuando su voz pueda alzarse libremente para cooperar en la gran tarea de construir un mundo nuevo, y en la que al proletariado internacional le corresponde el primer lugar.

* * *

Nuestro mensaje venidero de Primero de Mayo se escribirá —decíamos— en España. Para que no se frustre esa esperanza trabajamos en el destierro, cualquiera que sea el lugar de nuestra residencia en América, en Francia o en África. De la identidad de nuestro pensamiento, sin necesidad de consultas previas —todavía imposibles hoy— dan testimonio admirable las posiciones políticas adoptadas por unos y otros, sustancialmente coincidentes en el propósito y en la expresión. Esa coincidencia espontánea, que revela — pese a leves discordancias accidentales— la unidad moral y teórica del Partido Socialista Obrero Español y de la Unión General de Trabajadores, es el mejor premio a que podíamos aspirar. Y a esa unidad se suma —tenemos motivos sobrados para saberlo— acaso más compacta todavía, la de los camaradas que en España arriesgan la muerte, en persecución o la cárcel, pero no han abdicado de su fe. ¡Luchadores heroicos! ¡Compañeros sin par en el sacrificio y en la entereza del ánimo! Queremos que estas últimas palabras sean para ellos el aviso de nuestro retorno. Volverá España a vivir. Y las viejas banderas, que hablan hoy de glorias pasadas y dolores presentes, pregonarán mañana auroras de victoria.

México, 1º de Mayo de 1945.

POR EL PARTIDO SOCIALISTA
OBRERO ESPAÑOL
LA COMISION EJECUTIVA.

POR LA UNION GENERAL DE TRABAJADORES
LA COMISION EJECUTIVA.

LA MIRADA DE PABLO IGLESIAS

Un buen psicólogo, lo primero que procura captar del hombre que estudia o analiza, es la mirada. Nada más expresivo. Hay miradas abiertas, francas, nobles. Las hay torcidas y sinuosas como encrucijada abierta a todos los caminos de maldad. Otras aceras y sutiles, como buído estilete que busca la entraña de las cosas. Otras indolencias y en ausencia, desdeñosas a menudo del horizonte que alcanzan. La mirada es, en suma la voz silenciosa del alma. No tiene sonido, pero tiene expresión. Y acaso más elocuente que la palabra hablada. Y más veraz, aunque quiera mentir. El lenguaje de los ojos no sabe de sofismas. Dice siempre lo que aflora de lo íntimo.

Hasta en sus simulaciones descubre, sin quererlo, que está en pugna con la falacia.

Así, los psicólogos recurren al mensajero parlante que hay en la mirada de todo ser humano, para adentrarse por sus interioridades con un guía fiel a sus designios.

Una de las miradas que más emoción produjo en mí, fué la de Iglesias. Había en ella tanta luz, tal penetración, bondad tanta, que sugestionaba sin resistencia posible. Era como una llama espiritual que ardiera consumiendo altas y nobles emociones. Tenía algo de la mirada del demiurgo, luz flotante que emanaba de un centro, para irradiar la bondad que

desprendía su alma. Las miradas maternales abundan en destellos semejantes. Y dicen de abnegación, de heroísmo, de amor sin límites, de todo lo bello y puro en que el espíritu abreba su sed de infinito.

¿Cómo, pues, no admirar a Iglesias, cómo no rendirse a sus sugerencias, lejanas del propio interés y cifradas siempre en el interés colectivo?

Frente a su mirada atrayente, sugestionadora, serena y firme, sin embargo, como un rayo de luz que lucha contra las tinieblas, su palabra, que no sabía de concesiones a lo mendaz ni a lo falso, vibraba tajante, seca a veces, austera siempre, como la de un apóstol que predicara santa y sagrada doctrina. Y entre su voz y su mirada quedaba perfilado el hombre cabal: la atracción de lo bondadoso y el imperio de lo verdadero, que, por serlo precisamente, ha de huir toda concesión que lo desdibuje y mixtifique.

La mirada de Iglesias, sin embargo, a floraba, mejor que su palabra, lo que en su espíritu se agitaba, dejando asomar a sus pupilas —luz azul que de suave claridad— un ferviente anhelo que parecía querer fundir en un abrazo todos los dolores humanos, para buscar consuelo en el amor y justicia en su fuerza incontrastable.

Algo tan atrayente como misterioso se desprendía de aquella mirada paternal. Era llamita augusta que se enciende en todas las almas grandes, para ser estrella de oriente que sirva de guía a los magos que se precipitan a la busca de un redentor.

Y hay que convenir en que Iglesias, a imitación del de Nazaret, si no nació en un pesebre, fué humilde la cuna en que viera la luz, y pobre su infancia y penosa su adolescencia, quizá para que las injusticias sufridas en propia carne sirvieran de espejo a su alma para ver y sentir el dolor humano, sobre todo el de

los trabajadores, como sombra siniestra contra la que se hace preciso luchar en seguimiento de condiciones sociales de mayor justicia.

Por eso la mirada de Pablo Iglesias tenía que ser dulce como un abrazo de amor y serena y severa como una admonición. Admonición en la que podía leerse: "eres tú, tú mismo, trabajador, quien debes aplicarte a romper las trabas y dogales que te oprimen: eres tú la fuerza creadora que levanta los palacios y forja las riquezas: tú el que cumples todos los deberes en la sociedad y, en consecuencia, el que tiene

legítima opción a ejercitar más amplios derechos que los que se te conceden. Pero es preciso capacitarse, cultivar la inteligencia, la que, como fuerza suprema, es indispensable para regir el mundo a que aspiramos".

Todo eso parecían decir con su mirada a los humildes los ojos de Iglesias, apóstol auténtico de una doctrina redentora.

Y como si el Destino hubiera querido que la admonición y el amor tuviera expresión en el más dulce de los colores, dió a los ojos de Iglesias el color del cielo. Esperanza, es decir, fe; y voluntad, es decir, persistencia, lucha por llegar a los horizontes de justicia que dignifiquen al hombre y hagan la vida amable por ser vida hu-

mana. La última mirada que yo crucé con él tenía toda la solemne elocuencia de una despedida eterna. ¡Como la recuerdo! Sin modularlo sus labios, aquellos ojos me dijeron: "Hasta la eternidad". Y yo lo comprendí mejor que si me lo hubiera dicho con palabras. No en vano el alma de Iglesias, como todas las almas grandes, al querer salirse del pecho, por no caber en él, asoman a los ojos, que pueden mirar hacia lo infinito.

VICENTE LACAMBRA



Hombres Ejemplares

JULIAN BESTEIRO

En el año 1923, unos días antes del golpe de estado de Primo de Rivera, *El Diario Español*, de la Habana, abrió un plebiscito entre la colonia española para determinar qué hombre político era el que reunía cualidades más sobresalientes para gobernar a España y sacarla del atasco en que la habían metido las torpezas e immoralidades de la monarquía, culminantes en el desastre de Annual. Se hizo el escrutinio. A la cabeza de los propuestos con una ventaja de casi 2.000 votos sobre Melquiades Alvarez, que a su vez llevaba inmensa mayoría sobre todos los demás, aparecía el nombre de Julián Besteiro. No por intrascendente dejaba el plebiscito de ser significativo. Los votos de Melquiades Alvarez se explicaban por las condiciones políticas existentes entonces en España. Los de Julián Besteiro exclusivamente por su prestigio personal, amparado en las dos grandes organizaciones en que militaba: el Partido Socialista y la Unión General de Trabajadores. A Melquiades Alvarez, acogido al eclecticismo de la fórmula reformista, cabía considerarle como un gobernante *posible* con la monarquía. A Julián Besteiro, intransigentemente republicano y sometido plenamente a la disciplina de su partido, no. A diferencia, pues, de lo que acontecía con Melquiades Alvarez —especie de alma de Garibay en la política española— lo que se votaba en el caso de Julián Besteiro no era el hipotético aprovechamiento del gobernante, sino las virtudes y talentos del hombre. El monarca, sin embargo, tenía su criterio propio y, antes que ponerse a barajar y elegir apellidos de presuntos Licurgos, decidió suprimirlos a todos por inservibles para sus cálculos. Cansado de jugar bazas de bastos y de copas —aunque no escasearon las de oros— resolvió, al fin, arriesgar la partida a la baza de espadas de 1923 con el resultado que todos conocimos en abril de 1931.

He recordado el episodio, ignorado de muchos, en demostración del gran crédito que Julián Besteiro merecía entonces ya dentro y fuera de España, aunque ni entonces ni después —sobre todo después— faltaran los gozquezuelos que pretendieron morderle el calcañar. Prácticamente eliminada de la vida activa, por sus achaques, la prócer figura de Pablo Iglesias, Besteiro recogía con mano firme y fiel la autoridad moral que equél ejerciera durante tantos años de combate y enseñanza en la dirección de la Unión General de Trabajadores y del Partido Socialista. No era Besteiro extraño a esa clase de magisterio —magisterio de la acción, podría llamársele— tan distinto del magisterio universitario a que, como profesor, estaba adscrito. De los escasos intelectuales que se incorporaron al socialismo español en los años de pelea oscu-

ra, cuando el Partido Socialista no podía ofrecer a nadie posiciones brillantes —luego llegaron a él, para dañarlo, los que las buscaban—, ninguno asimiló mejor que Besteiro la sustancia obrerista que le imprimieron al Partido sus fundadores, hombres de taller y herramienta, circunstancia que ha constituido, sin duda, su mejor fuente de austeridad y energía. Se puede ser un teorizante, conocedor perfecto de las doctrinas, y carecer a la vez de emoción socialista. Creo no recordar mal al atribuir a Jaurés la frase de que “los que vienen al socialismo sólo por la teoría, por la teoría se van.” El apotegma podría ilustrarse con no pocos ejemplos, algunos harto conocidos, pero en ningún caso le sería aplicable a Julián Besteiro que, teniendo una sólida formación doctrinal, nunca fué un socialista de cátedra o especulativo, como abundan en otros partidos socialistas de Europa, sino activo y mezclado de lleno a las luchas obreras que son la expresión vital del socialismo. Su cátedra política fué la Casa del Pueblo, rumorosa y enardecida, sin que jamás adoptara en ella el aire doctoral que le cuadraba como profesor de Lógica en la Universidad, ni en el ambiente recoleto de la Universidad pretendiera nunca confundir su función docente con sus afanes de proselitismo socialista. Ni siquiera para alentar algaradas estudiantiles propicias al contagio demagógico. Pero es que Besteiro pudo ser lo que se quiera, excepto un demagogo o un transigente con la ligereza. Lo sabían bien los obreros de la Casa del Pueblo, que en él veían a un superior en el saber, pero igual en la conducta y en la obediencia a la disciplina común, que es el secreto de la disciplina socialista.

En un libro al que la propaganda comunista le hizo mucho más ruido del que corresponde a las nueces que lleva dentro —me estoy refiriendo al de Constanza de la Mora: *Doble esplendor*— se habla de Besteiro en términos que dejan el ánimo perplejo. Se advierte que la autora, nieta de don Antonio Maura, conversa al comunismo por súbita inspiración bolchevique, no sin haber gustado antes todas las mieles de la vida regalada y muelle de la aristocracia, no conocía a Besteiro sino de nombre, y eso a través de la versión fabricada en torno a Besteiro por los servicios de la propaganda comunista, que lo mismo hace del pobre y cuitado José Díaz, notable por sus pocas luces, una especie de Pericles ibérico, que arroja al foso del deshonor y la injuria a los hombres de más clara ejecutoria. Besteiro era uno de estos. Y de igual manera que durante la guerra española los niños rusos aprendían en los manuales de Historia que Indalecio Prieto, y después Largo Caballero, eran unos traido-

res a los intereses del proletariado, nosotros hemos sabido ahora, y así lo dice Constanca de la Mora en nombre de los comunistas, que "desde hacía varios años, Besteiro llevaba una vida aislada aun dentro del mismo partido socialista, perdiendo poco a poco por completo el relativo prestigio de que había gozado entre las masas. Le faltaba confianza en el pueblo y no podía disimular su envidia y resentimiento contra otros hombres, sobre todo si daba la coincidencia de que estos fuesen militantes de su mismo partido, que por sus conductas o por cualquier otro motivo, adquiriendo popularidad y contaban con el apoyo de la mayoría del país." Eso no es todo. Sucedió, además, que "en poder del Gobierno obraban pruebas suficientes de los contactos adictos a la política de compromiso y apaciguamiento que tenía Besteiro en París y Londres. Pero el ambicioso profesor no hubiera podido llevar a la práctica sus proyectos si no hubiese contado con la valiosa colaboración de Segismundo Casado..." Envidioso, resentido, desleal, ambicioso... He aquí un retrato de Julián Besteiro que sería perfecto visto del revés. No sintió envidia, ni tenía por qué, de nadie; no conoció el resentimiento, que es patrimonio de almas torcidas y la de él era recta y grande; no fué desleal con los demás, porque no puede serlo quien empieza por ser rigurosamente leal consigo mismo; y, sobre todo, no supo de envidias. Pudo serlo todo y no quiso ser nada, salvo un español de casta y un socialista ejemplar, cualidades que se vinculaban a su nombre como si ellas constituyeran sus títulos de nobleza. No hubo jerarquía que no se le ofreciera o que no estuviera al alcance de su mano, y a todas renunció. Cuando pasó por Barcelona, agonizante ya la defensa republicana, hizo confesión íntima de su amargura ante el Comité Nacional y la Comisión Ejecutiva. Venía de Londres, donde pudo quedarse, y regresaba a Madrid, de donde no quiso salir. Volvía no para consumar una traición, como han dicho después los que vivieron de ser traidores, sino para dar su última lección de entereza y sacrificio, seguro de que no sería lección perdida. Y no lo fué. Yo sé que no lo fué...

Cuando murió Pablo Iglesias y la inmensa peregrinación que seguía su féretro —España no ha visto otra igual— se detuvo a las puertas del Cementerio Civil de Madrid, la magra figura de Julián Besteiro, erguida sobre una breve plataforma, atrajo todas las miradas. Se hizo un largo silencio y Besteiro levantó la voz. "Este campo —dijo— que contiene tantas memorias queridas para nosotros, es demasiado pequeño para la grandiosidad de nuestro amor al maestro, que va tras de los restos mortales del glorioso "abuelo". Es preciso que nos resignemos a darle el último adiós. Iréis desfilando en silencio. Es de esperar que al terminar este acto no saldréis con vuestro espíritu deprimido sino más fortalecido todavía. Hay



algo que no se deposita en la tierra: el espíritu de Iglesias. Este lo vertió generosamente en la multitud. A todos nos pertenece y lo llevaremos siempre con nosotros. Hemos de mostrarnos dignos de él. Es necesario que todos sepamos que el espíritu de Iglesias va en nuestro espíritu. Hoy, en reposo, en silencio, hagamos cada uno en nuestro corazón un nido para amar la memoria de Iglesias, y así, de hoy en adelante, su espíritu llegará a los últimos rincones de las ciudades, de las aldeas y de los campos, y vibrará en nuestras palabras de oradores, en nuestros brazos de trabajadores y en nuestra conducta de hombres familiares y sociales..."

Los cipreses enseñaban su luto invernal. A lo lejos blanqueaba el caserío infinito y confuso de Madrid. Si cualquiera de nosotros hubiera podido pronunciar un responso de despedida cuando murió Besteiro en la Cárcel de Carmona, habría dicho palabras semejantes a las suyas. "El espíritu de Iglesias va en nuestro espíritu..." El de Besteiro también. Todos nuestros muertos, incontables ya, nos han dejado su herencia moral, de la que somos —o no somos nada— prisioneros. De ellos, aunque las víboras muerdan en su recuerdo, podemos decir como en el romance castellano de Zulema: "Apolo toma la pluma: yo acabo y su gloria empieza..."

MANUEL ALBAR



▲

Francisco L a r g o Caballero

▼

He aquí uno de los valores sindicales más destacados de la organización obrera española, alma de la Unión General de Trabajadores de España y una de las figuras de mayor relieve y prestigio dentro del movimiento sindical internacional.

Pero si ayer merecía de todos los hombres de conciencia socialista este respeto y admiración, por su genio organizador, por su dinamismo y por su concepción clarividente de los problemas que agitaban a las masas proletarias de nuestro país, hoy, por su conducta inquebrantable, por la constante persecución nazifascista de que es víctima a su avanzada edad, se acrecienta su venerable personalidad como uno de los más puritanos apóstoles del obrerismo socialista.

Las últimas noticias que tuvimos de nuestro entrañable compañero datan del 21 de Septiembre último, en las que la Cruz Roja Internacional nos decía que se hallaba recluido en un campo de concentración en Oraniemburg (Alemania) pero que se encontraba bien de salud. Ahora que, desde entonces acá han pasado muchas cosas en ese maldito país, ignorando la trayectoria que correrá nuestro estimado compañero. ¡Ojalá le acompañe la suerte para poder sobrevivir a todas las calamidades que le rodean y le podamos abrazar a nuestro regreso a España!

El Partido Socialista eje de las Izquierdas

Indalecio Prieto, o "Don Inda", como cariñosamente se le llama, es uno de los principales valores políticos que tiene el Partido Socialista Obrero Español. Maneja la polémica parlamentaria como nadie. Su gran talento le ha dado la meritoria aureola de que goza en las lides políticas. En diferentes ocasiones y épocas le hemos visto enfrentarse con los principales paladines de las distintas tendencias, tales como Dato, Sánchez Guerra, Lacierva, Alba, Lerroux, Gil Robles, Calvo Sotelo, etc. Es irónico, mordaz, contundente y hábil. En la oposición se muestra valiente, retador y audaz. Desde el banco azul es indulgente con el adversario débil, pero frente a los grandes parlachines de la burguesía... se eleva, se supera, se agiganta tan colosalmente que, cuanto mayor aparece la figura parlamentaria del adversario mejor le salen los conceptos refutadores y no cesa hasta lograr, con su ardorosa palabra, el dominio absoluto de su contrincante, dejando con sus discursos en el ambiente un sabor de gran artífice de la palabra.

A continuación damos unos fragmentos de trabajos publicados tiempo ha, pero que siguen siendo de gran actualidad.



Si grandes fuerzas de la Confederación Nacional invadiesen de modo súbito el Partido Socialista, podrían, desfigurándolo, causar su ruina, ocasionando verdadera catástrofe a la democracia española, porque si el Partido Socialista consigue que no se esfume su fisonomía y logra sostener sus líneas clásicas,

sagazmente trazadas por Pablo Iglesias, será el eje de las izquierdas, como venía siéndolo hace años. Ahora bien, aunque dichas fuerzas se encuadren dentro de la agrupación propia, el Partido Socialista sufrirá duros tirones de ellas en cuanto se estructuren políticamente y verá en peligro su posición de equilibrio.

Sumados los dos núcleos políticos obreros, formarían en el campo izquierdista mayoría tan abrumadora que reduciría a muy poco el peso de los partidos republicanos. En realidad a eso y a más aspira la C. N. T., según lo ha transparentado en México no sólo periódicamente, sino, con mayor claridad, al constituir el comité de enlace con la Unión General de Trabajadores. Su meta consiste en anular a los partidos republicanos por tratarse de partidos burgueses.

Para que los republicanos subsistan y salven su organización les será indispensable un programa con contenido social. De otra manera desaparecerían o irían fatalmente a fundirse con las derechas, mediante nuevo "ensanchamiento de la base de la República", idéntico al que sirvió de pretexto al anticlerical Lerroux para juntarse al vaticanista Gil Robles.

El lector advertirá que discurrimos sobre el supuesto de restablecer el régimen republicano, cosa para nosotros fuera de duda, y que situamos nuestro examen en período posterior al actual, aunque no lejano.

En tiempos de la monarquía se podía ser republicano a secas, es decir, antimonárquico, y se puede serlo también ahora contra la dictadura, pero después semejante nombre apenas significaría nada. Ha de seguirlo un apellido revelador de transformaciones sociales. Sólo así el Partido Socialista podrá apoyar a los republicanos y apoyarse en ellos y sólo así podrán ser atraídos a una coalición de irresistible pujanza los sindicalistas organizados políticamente. Otra cosa equivaldría al suicidio de las agrupaciones republicanas, que serían arrolladas en la ciudad y en el campo.

EL SEÑUELO DE LOS IDEALES PROLETARIOS

Entre los factores ya anotados no figura la principal atracción que ofrecerá Rusia a países distantes de su vecindad. Esa atracción descansa en los ideales socialistas. Adviértase que el proletariado mundial, incluso el moderadísimo laborismo inglés, es de tendencias francamente socialistas. Grandes sectores del proletariado discrepan de Rusia, es cierto, pero discrepan no en cuanto a la esencia del régimen soviético, sino por los métodos rusos de dictadura permanente y por los tortuosos procedimientos para enquistarse en otras organizaciones estatales de otros países como hizo en España.

Si la política anglonorteamericana se obstina en oponer diques a las aspiraciones de los trabajadores de

Europa, el triunfo que deparará a Rusia será enorme, incalculable.

Nada más ilógico, por parte de Norteamérica y Gran Bretaña, que sostener y restaurar monarquías que los pueblos odian y hacerlo a pretexto de impedir revoluciones. Su arte debiera consistir, al contrario, en facilitar esas revoluciones; es decir, en proteger una transformación social que cuente con honrada como lo exigen los tiempos, procurando que se verifique sin derramamiento de sangre. Su ceguera puede dar origen a que estallen disturbios cruentos, consumando la ruina de Europa y a que el Continente entero caiga en manos de Rusia.

Porque sería absurdo exigir a los trabajadores continentales tamaña servidumbre como para hacerles sostenedores de un caduco régimen capitalista. Preferirían, desde luego, un sistema socialista, incluso con las grandes deficiencias del ruso. En último término, ¿qué régimen político o social nació perfecto?

LA ALIADOFILIA EN ESPAÑA

Centros diplomáticos ingleses siguen creyendo, o fingiendo creer, que la aliadofilia está en España pura y permanentemente representada por los monárquicos.

Sin embargo, sería difícil justificarla con el proceder de los monárquicos españoles en la presente guerra y en la anterior. Durante la anterior, doña María Cristina de Habsburgo, desbordante de germanismo, llegó a decir: "En España no hay más aliadófilos que mi hijo y los golfos". Los golfos éramos nosotros. Analizando cuidadosamente la conducta seguida entonces por Alfonso XIII descubriríase, entre los dos naipes con que jugaba, una aliadofilia dudosa. La nuestra, la de republicanos y socialistas, fué auténtica, y sigue siéndolo.

Por eso los partidos constituyentes de la Junta Española de Liberación pudieron decir en el pacto de unidad que sus aspiraciones quedan plasmadas en la Carta del Atlántico. "lema de las Naciones Unidas, a las cuales venimos prestando sincera y ardorosa adhesión a partir del 3 de septiembre de 1939, sin que en ningún instante ni en trance alguno haya cedido en ferviente deseo por su victoria que también será nuestra, pues fuimos los primeros en sufrir las brutalidades del nazifascismo y los primeros en derramar torrentes de sangre para rechazarlo".

¿Otra Internacional? ¿Y para qué?

Por LUIS ARAQUISTAIN

Para los delegados españoles que asistimos a la Conferencia Obrera Mundial, celebrada en Londres del 6 al 17 de febrero de 1945, el primer signo del género de compañía en que nos hallamos fué la actitud de los delegados americanos de lengua española con nosotros. Nos habíamos acostumbrado a que, en todas las asambleas internacionales donde coincidíamos, los delegados americanos de nuestra lengua, cualquiera que fuese su ideología política, vinieran siempre a nosotros o fuéramos nosotros a ellos con los brazos abiertos, y a que ellos nos hablaran de la "madre patria" con una ternura que nos sorprendía y no siempre compartíamos, porque con frecuencia, durante la monarquía y ahora bajo el falangismo, la tal madre seguía siendo para nosotros, como antes para ellos, más bien desafecta y cruel madrastra.

Nos causó, pues, extrañeza que en esta ocasión rehuyeran nuestra compañía y hasta casi nos negaran el saludo, conducta tanto más chocante, dadas las afinidades ideológicas, además de las lingüísticas y culturales, que suponíamos inherentes a nuestra común representación social. ¡Bien empezaba la unidad obrera del mundo! Tal desvío, más que herirnos, picó nuestra curiosidad. ¿Qué había ocurrido? Pronto pudimos contestarnos, parodiando a Don Quijote: ¡Con la iglesia moscovita hemos topado, Sancho!

Uno de los delegados mexicanos levantó la punta del velo en una de las comisiones de la conferencia donde yo estaba presente. Los sindicatos españoles que no aceptan la disciplina de Moscú y nosotros, sus delegados, ¡éramos fascistas!, a su juicio. También se incluía en este vituperio a los sindicatos argentinos que, por fortuna para ellos, no estuvieron representados en la conferencia.

Es curiosa la evolución que ha ido experimentando el concepto de fascismo de poco tiempo a esta parte. Originariamente fascismo quiere decir lo que en lenguaje anterior se llamaba absolutismo, despotismo, a autoritarismo, y en nuestra época se conoce también por totalitarismo. En su forma antigua o moderna, la esencia es la misma: dictadura sanguinaria de un hombre apoyado en un grupo social o partido minoritario; lo que los alemanes, siempre dados a inventar neologismos conceptuales, designan por *Führer prinzip*, o principio de caudillismo, palabra nueva, pero cosa que ya existía en la Germania de Tácito y que por las trazas es común a todos los pueblos que políticamente no han superado aún la fase de las tiranías primitivas o antiguas. De acuerdo con esta definición, toda dictadura es esencialmente sinónima de fascismo, cualquiera que sea su color político, llámese negro, pardo, rojo, amarillo (el japonés) o azul (el de Franco).

Pero no: ahora resulta que para un fascista, para el partidario de una dictadura, no es sólo fascista el de un mismo color o el de un color distinto del suyo, el pardo o el negro, por ejemplo, para el rojo, sino también cuantos repudian el fascismo de todos los colores, incluso el rojo naturalmente. Es la vieja táctica de ultrajar a los demás apostrofándoles con el nombre de lo que virtual y realmente uno es y uno quisiera disimular con más astucia que éxito a la larga. Táctica, sin embargo, que sólo engaña a los inocentes, que aunque son muchos en todas partes y todos los tiempos, no siempre son incurables y acaban desengañándose también. En cuanto a nosotros, nos reímos mucho cuando los mismos nos llamaban trotskistas, como si eso fuera un insulto, y ahora que nos llaman fascistas, nos reímos, claro es, mucho más.

¿Qué se proponía, pues, esta tan cacareada Conferencia que comenzaba con tales auspicios? Había dos propósitos a la vista: uno el de los sindicatos británicos, convocadores y organizadores de la Conferencia con el doble y exclusivo objeto de intensificar el esfuerzo de guerra entre el proletariado de los países beligerantes (no hay que olvidar que la idea de esta Conferencia empezó a materializarse muy a principios de 1944 y quizás en 1943,

cuando la situación militar no estaba tan avanzada ni era tan favorable para las naciones unidas como ahora) y de contar con una clase obrera lo más unificada posible en el mundo para el momento de imponer una paz dura a Alemania, evitando que el sentimentalismo y el internacionalismo pacifista de una parte del proletariado pusieran trabas ni cortapisas a la acción de los vencedores. Los sindicatos británicos querían y yo supongo que quieren aún mantener intacta la vieja Federación Sindical Internacional, más conocida por la Internacional de Amsterdam, de la cual es presidente Sir Walter Citrine, secretario general al mismo tiempo de la federación sindical británica llamada Trades Union Congress. Para los sindicatos británicos, la Conferencia debía ser una simple asamblea deliberante, una reunión de circunstancias para fines más militares que políticos y cuya misión habría de terminar con la guerra misma o a lo sumo prolongarse un poco mientras se ejecutan las condiciones de la paz.

Coincidiendo con este propósito en sus líneas generales, el de la delegación soviética iba, no obstante, mucho más lejos en su finalidad política; acaso la finalidad eminentemente militar quedaba relegada para ella, en febrero de 1945, a muy segundo término. Hay que recordar que durante años los sindicatos soviéticos solicitaron en vano su afiliación a la Internacional de Amsterdam, que siempre se negó a admitirlos en su seno, fundándose en que no eran organizaciones democráticas, sino instrumentos forzados de un Estado totalitario, como los sindicatos fascistas de Italia, y que su constitución y servidumbre estatal era contraria e incompatible con la de los sindicatos de tendencia socialista, o simplemente democrática y liberal, adscritos a dicha Federación. Consecuente con este motivo, la Federación Americana del Trabajo se negó a participar con los sindicatos rusos en la Conferencia de Londres.

La guerra y las victorias militares rusas brindaban una coyuntura propicia para sustituir a la Internacional de Amsterdam, en vista de los reiterados fracasos anteriores para penetrar en ella. Ya que no había sido posible asaltarla y dominarla desde dentro, era llegado el momento de destruirla desde fuera, creando en su lugar otra Internacional de nueva planta. Este ha sido el otro propósito de una parte de la Conferencia, capitaneada por la delegación rusa: realizar por maniobra envolvente el aniquilamiento de una fortaleza que hasta ahora había resistido a todos los ataques frontales de la astucia y de la violencia.

La norma de la Internacional de Amsterdam fué no admitir a su disciplina más que un grupo de sindicatos por cada país, al objeto de no fomentar las divisiones internas del proletariado. La nueva Internacional acepta en cambio todos los disidentes, sobre todo si vienen de la derecha, como los sindicatos cristianos o católicos. Mientras la vieja Internacional condenaba severamente los llamados sindicatos amarillos, por ver en ellos los servidores del capitalismo más reaccionario y de la religión, los sindicatos soviéticos y el partido comunista vituperaban acerbamente a los afiliados de esa Internacional, por su reformismo y su supuesto aburguesamiento. ¿Quien no recuerda las virulentas diatribas que Lenin y sus discípulos escribían de los sindicatos ingleses?

Pero ahora son esos mismos sindicatos comunistas los que, sin deponer del todo su resentimiento hacia los sindicatos socialistas, liberales y demócratas de la Internacional de Amsterdam por sus pasados recelos y desdenes, tienden su mano, ya desarmada de la hoz y el martillo, con la mayor efusión a los sindicatos amarillos. ¿Paradoja histórica, contradicción política, inconsecuencia revolucionaria? ¡Tonterías! Nada de eso. Es simplemente que en Rusia ha cambiado la razón de Estado. El pobre Maquiavelo, desde su pequeña Florencia, secularmente dominada por algún poder extran-

jero, hubiera admirado inmensamente como a sus mejores maestros a estos nuevos estadistas rusos, que practican la razón de Estado con una desenvoltura y una eficacia como rara vez ha conocido la Historia.

La Tercera Internacional comunista fué sencillamente una razón del Estado soviético para proteger y consolidar la revolución rusa, amenazada por el mundo capitalista en torno. Asegurada definitivamente esa revolución por un cuarto de siglo de tenaz resistencia interna y externa y ahora por sus victorias militares, que ha puesto de relieve su eficiencia, sobre la Internacional Comunista. Rusia no necesita ya de revoluciones en el mundo. Al contrario, más bien las teme, por lo que tienen de inestables y sobre todo de contagiosas. Rusia quiere un mundo sosegado y bien ordenado que le permita realizar su nuevo programa, su nueva razón de Estado.

¿Qué razón es esa? La de todas las grandes revoluciones históricas. Parece ser una ley de la Historia que las grandes revoluciones triunfantes necesiten desbordarse sobre sus fronteras, quizás como una diversión estratégica de tipo nacionalista. La revolución victoriosa engendra el imperio de conquista, el bonapartismo, por designarlo con el nombre con que se conoce la forma más clásica de este proceso. Después de la revolución inglesa de mediados del siglo XVII, Cromwell extiende su garra militar, política y económica sobre Irlanda y Escocia, sobre Europa y América y sobre los grandes mares; puede llamársele el creador del poderoso imperio británico; su puritanismo religioso era la máscara de su designio imperial. Después de la revolución francesa de fines del siglo XVIII, Napoleón invade y sojuzga casi toda la Europa continental y llega hasta las pirámides egipcias, ebrio con las reminiscencias de sus modelos Alejandro y César; el republicano se transforma en emperador. Después de la revolución rusa de comienzos del siglo XX, triunfante ahora, de la contrarrevolución antijacobina o antibolchevique, que esta vez va encabezada, no por Inglaterra, como hace siglo y medio, sino por Alemania, sería extraño que la potencia soviética no pasara también por la fase bonapartista, que la revolución interna no se derramase en conquistas exteriores.

En realidad, la idea de expansión imperial sobre Europa, la idea de restaurar tal vez el imperio romano de Oriente, viene trabajando a los rusos desde hace dos siglos por lo menos. La revolución industrial, que inicia Pedro el Grande y que los bolcheviques reanudan y desarrollan en un grado sorprendente, no tenía otro objeto, como la propia revolución rusa de nuestro tiempo, que crear un Estado técnico y poderoso para su política exterior; por algo la Rusia de hoy admira tanto a aquel zar industrialista. En una ocasión, a cambio de la alianza militar que solicitaba Inglaterra, Catalina la Grande le pide ¡la isla Menorca!, que entonces era inglesa; la alegre emperatriz rusa soñaba con un lejano punto de apoyo en el Mediterráneo occidental. El gran novelista Dostoiévski escribió una vez que mientras Constantinopla no fuera rusa, no habría paz en el mundo. ¡El sueño del imperio bizantino restaurado bajo un zar ruso.

Puede decirse que la Rusia soviética empieza a nacer en 1905 como reacción contra la derrota por los japoneses, la cual pone de manifiesto la ineficacia militar del zarismo. Confirmada esa ineficacia en la primera guerra mundial, el bolchevismo barre definitivamente el zarismo en 1917. Detrás de su máscara revolucionaria, el bolchevismo sólo es en el fondo un zarismo modernizado, con la misión histórica de realizar los viejos y hondos anhelos imperiales de Rusia en Occidente. La historia se repite, o más bien continúa siendo la misma en esencia, aunque varían las consignas y circunstancias de espacio, tiempo y técnica; otra gran revolución lleva en su seno un nuevo bonapartismo.

Los sindicatos británicos ven con profunda alarma esta inesperada transformación de la que ellos sólo deseaban que fuera una asamblea consultiva y de muy limitados fines de guerra, en una organización internacional llena de apetitos ejecutivos para fines eminentemente políticos al servicio de una gran potencia, hoy aliada, pero que mañana puede emprender rumbos propios, sin

contar con nadie más que con su exclusivo interés. La mayoría de los demás países representados no tenían la fuerza y muchos ni el deseo de resistir a esta vorágine histórica que les atrae a su centro. Unos esperan rehabilitarse de la doble humillación de su derrota y de su liberación por los ejércitos anglo-americanos, a la sombra protectora del coloso ruso. Otros, los países pequeños de la Europa oriental, a la vez tiemblan y sonríen a este paladín que ciertamente los va liberando, pero cuyo precio futuro como liberador ignoran aún y lo temen. Algunos, los más alejados, esperan cautelosos sobre la tapia, a ver cómo se forma en Europa y en el mundo el nuevo equilibrio entre las potencias vencedoras.

Todas estas condiciones psicológicas y el prestigio de las armas rusas favorecen extraordinariamente la creación de esta Tercera Internacional sindical que es necesaria a la razón de Estado soviética para extender sus conquistas en Europa y consolidarlas. Si los cincuenta o sesenta millones de obreros organizados, que estaban representados en la Conferencia de Londres, logran tener también un asiento en la mesa de la paz, como ya han pedido, no hay duda que su peso formidable caerá en primer término sobre el platillo donde Rusia eche sus reclamaciones imperiales. Y cuando el día de mañana los países injustamente repartidos o amputados empiecen a recobrar fuerzas e intenten deshacer de alguna forma, diplomática o armada, los entuertos de que sean víctimas, esta Tercera Internacional Sindical cumplirá el nuevo cometido de exigirles por todos los medios paciencia y resignación, en nombre de la unidad obrera mundial y de la sagrada paz soviética.

Para un español lo más triste del espectáculo que presenciámos en la Conferencia de Londres fué aquella sarta de delegados hispanoamericanos que parecían un apéndice de la delegación soviética. Tratórase de gentes de países situados entre Rusia y Alemania o próximos a sus zonas de influencia, y se comprendería que, obligados a elegir, optasen, como mal menor, por el imperialismo ruso, como tienen que hacer no pocos europeos, sobre todo ahora en que ya no hay otra alternativa. ¿Pero qué tienen que temer de Rusia, militarmente, los pueblos de América? Y si no es temor, ¿qué induce al proletariado hispanoamericano a moverse en la órbita soviética? ¿Una mística revolucionaria que ve en Rusia la gran patria socialista destinada a liberar a todos los pueblos oprimidos de la Tierra? Pero eso no lo cree ya nadie en el mundo, salvo el proletariado primitivo de los países coloniales o semicoloniales, ni los propios rusos pretenden ya hacémoslo creer.

De la revolución industrial, más que social, que ha realizado Rusia, todos los pueblos técnicamente atrasados tenemos mucho que aprender; es el éxito de un Estado que suple y reemplaza en sus funciones a unas clases dirigentes, perezosas e inaptas que no supieron dotar a la nación de los medios necesarios para sobrevivir en la lucha internacional. Sin el Estado soviético, hay que reconocerlo, Rusia hubiera acabado por ser una colonia japonesa y alemana. Pero eso es una cosa y otra muy distinta el papel de libertadora de clases y pueblos oprimidos que algunos ingenios todavía le asignan en algunos países de Asia y África y por lo visto también entre el proletariado menos culto y políticamente menos maduro de ambas Américas, cuya mentalidad rudimentaria parece terreno abonado para la demagogia neocomunista.

Hoy Rusia, gracias a su revolución, es una gran potencia militar, pero también un imperio que amenaza desbordarse hacia Occidente. La Tercera Internacional política tuvo por objeto salvaguardar la revolución rusa. La nueva Tercera Internacional sindical se propone sancionar y consolidar las conquistas con que Rusia aspira a redondearse en esta guerra. Colaborar ciegamente con esa Internacional, como al parecer están dispuestos los sindicatos de algunos países hispanoamericanos, no es servir a la revolución rusa ni a su propia revolución nacional, como ellos cándidamente creen, sino a un nuevo imperialismo ruso, que hoy es sólo peligroso para la integridad e independencia de una parte de Europa, pero que mañana puede serlo también para la estabilidad política de Hispanoamérica, si para entrar y operar desde ella los sindicatos y partidos obreros se prestan a ser sus caballos de Troya.

LA ÚLTIMA MANIFESTACION DEL 1º DE MAYO EN MADRID

Forzosamente al llegar la fecha de 1º de Mayo se impone una revisión histórica de los hechos que mayor resonancia adquirieran alrededor de la significación enteramente socialista y obrera de ese día.

No importaron jamás, a la clase trabajadora española, las perturbaciones brutales que en sus actos de 1º de Mayo realizaran invariablemente los gobiernos derechistas, azuzados y bien dispuestos a dar satisfacción a los designios inquisitoriales del clericalismo cerril y el militarismo despótico.

De poco valió a las organizaciones proletarias imprimir la mayor garantía de responsabilidad a la conmemoración esplendorosa del trabajo. Al progreso que representaba un estado de madurez social y política de esta naturaleza, el enemigo respondía siempre acrecentando su maldad y odio inextinguibles contra el uso de derechos consagrados por sus propias leyes.

Demostraciones pacíficas en que la fe y el entusiasmo ponían tintes triunfales de confianza en aquellas conclusiones periódicas a la cabeza de las cuales jamás dejó de figurar, entre la aspiración a reivindicaciones de carácter moral y económico, la protesta contra la guerra y el deseo por la conservación de una paz permanente.

Así con algunos meses de anticipación en los medios socialistas y de la U. G. T. se iban formulando los planes para que la brillantez y emotividad se identificaran con el más perfecto orden. Indudablemente, los esfuerzos que en el sentido indicado realizaran, año tras año, los dirigentes sindicales y políticos, tuvieron fructuosos resultados. Únicamente de esta manera, se explica la importancia numérica de los desfiles cuyas proporciones los convertía en paros impresionantes. Aquellas concentraciones inmensas influían en los rumbos de la política nacional. No en vano acreditaban una capacidad social a cuyos principios de orientación contribuyeron hombres de tan extraordinaria valía en el movimiento político y sindical de España como Iglesias, García Quejido, Mora, La Torre, Barrio y tantos más que a través de los 55 años transcurridos desde que fué instaurada la conmemoración de 1º de Mayo trabajaron, en circunstancias bien difíciles y peligrosas, por colocar a nuestro país, tanto en el terreno nacional como internacional, a la cabeza de un mundo que se organizaba en Asociaciones de clase.

Por eso hoy al vivir un primera de Mayo más, (siete van transcurridos en el exilio), los recuerdos desfilan ante nosotros llenos de todo el calor y entusiasmo que los trabajadores sabían poner en esa expresión de civismo colectivo que es, a la postre, la

más rotunda condenación contra un mundo de ficciones y de injusticia.

Si toda esa labor pudo llevarse a cabo en tiempos anteriores a la República, instaurada ésta, el movimiento obrero se consideró encuadrado en una legalidad republicana que él contribuyó a crear haciendo uso de su voluntad política. Estaba, pues, interesado en no dar pretexto alguno a los que odiaban a la República y a las fuerzas populares en que ésta se apoyaba, para que pudieran continuar los episodios sangrientos que tuvieron como marco los actos oficiales conmemorativos del 14 de Abril que hubieron de celebrarse en esa misma fecha de Abril de 1936 en el Paseo de la Castellana en Madrid.

Si después de rescatada la República mediante el contundente resultado mayoritario de las elecciones del 16 de Febrero, el pueblo en la apoteosis de entusiasmo y con la emoción natural de tener a sus presos en libertad, expresaba, por medio de sus representaciones, el deseo de efectuar una manifestación monstruo cuyo único objeto, aparte del señalado, era también el feliz recobro de las instituciones democráticas. De ninguna manera debió ser contrarrestada aspiración de tal legitimidad, máxime cuando ello se hacía por el estado de virulencia en que la reacción se había colocado. Errores de esta naturaleza se registraron frecuentemente en la vida política, social y económica del nuevo régimen. En virtud de todas estas contrariedades no fué posible llevar a cabo el acto mencionado, hubo idas y venidas que cristalizaron al fin en la resolución de celebrar conjuntamente el triunfo electoral republicano y la conmemoración del 1º de Mayo.

El resultado de aquella concesión a la opinión enemiga, envalentonó a ésta dando lugar a que en plena manifestación se produjeran incidentes violentísimos que sólo pudieron ser contenidos, gracias a la viril actitud adoptada por las juventudes socialistas, esas juventudes heroicas que de haber sabido aprovecharlas en el rendimiento del sacrificio y el valor sin límites con que defendían a la República, ni se hubieran registrado estos vergonzosos hechos, ni el régimen que el pueblo español se dió habría desaparecido. Lecciones de esta índole no pueden ser olvidadas. La tragedia que está viviendo España desde 1936 no se repetirá. Por eso, en este 1º de Mayo, último que pasaremos en el destierro, el tributo de nuestro recuerdo más emocionado a los que cayeron en la lucha por la libertad y prometiendo a los que viven allá, en nuestra España inolvidable, aumentar los esfuerzos para acelerar el logro de esas aspiraciones comunes.

RAFAEL MIRA

En este 1º. de Mayo

LAS PERSPECTIVAS DEL MOVIMIENTO OBRERO DE ESPAÑA

LETRAS DE LUTO

El día 3 de Abril dejó de existir, en Acapulco nuestro querido compañero Manuel Adame, víctima de un ataque cardíaco.

El inesperado fallecimiento nos ha sorprendido extraordinariamente.

Era vocal del Comité Nacional de la Unión General de Trabajadores de España, colaborando en ella por la causa obrera cuanto le fué posible. Para este número de nuestro "Boletín" le pedimos unas cuartillas y dos días antes de su muerte recibimos un artículo, el último salido de su pluma, el cual publicamos a continuación y lo ofrecemos a nuestros lectores como un homenaje a su memoria.

La fiesta de los trabajadores, que no del trabajo, como erróneamente se acostumbra decir, nos coge otra vez en condiciones de ilegalidad. A unos en el exilio, a los otros en las cárceles o en libertad vigilada; eso sin contar a los que ya no están para conmemoraciones, porque el falangismo franquista, el franquismo falangista —tanto monta— les dió pasaporte para la eternidad. Así, para la eternidad. Porque, como decía nuestro Zabalza en sus minutos posteriores de vida física, a nuestras ideas se las sigue sirviendo "aún después de muerto".

Hemos dicho ilegalidad, y dijimos mal, ya que los de la ilegalidad son nuestros enemigos. Pero la disquisición no viene al caso. Lo que quisimos decir es que no nos es dado celebrar el Primero de Mayo presente como celebrábamos los otros en que teníamos libertad de expresión dentro de España. Ni manifestaciones públicas, ni mítines, ni alegría en los hogares proletarios. No hay fiesta de los trabajadores ni para los que quedaron allí, ni para los desterrados. No estamos para fiestas.

Pero el Primero de Mayo tenía y tiene, además de esa significación de celebrar con contento conquistas pasadas, luchar por mantener las del momento y por conquistar otras! Y eso sí, si no estamos para fiestas, estamos para luchas. Como siempre o más que nunca. Nuestra fe en la victoria del socialismo no se ha entibiado, sino que se afirmó con los reveses circunstanciales. La

fe de todos. De los que estamos aquí con el pensamiento puesto allí, y de los que se quedaron y no han dejado de pelear en condiciones que los convierte en héroes vengadores de nuestros mártires.

Por ahí anda un documento que, de ser la expresión auténtica de nuestros compañeros de la España esclavizada garantiza que nuestra fe no es de carbonero o infundada, sin razón razonable. Me refiero al pacto establecido por los organismo obreros y republicanos de teorías democráticas, liberal y libertaria —un mismo sentido filosófico— en España. El título es "Alianza Democrática Española" y fué divulgado recientemente en México por la Delegación de la Confederación Nacional del Trabajo. Sus premisas son: a) establecimiento del orden republicano; b) creación de un Gobierno democrático; c) mantenimiento de la disciplina social con decisión y firmeza; d) vigencia de las disposiciones oficiales emanadas de la República; e) reparación del orden jurídico perturbado; f) restablecimiento de las libertades públicas; g) elecciones generales, previa elaboración de un censo; h) adhesión a la Carta del Atlántico y organización colectiva de la paz.

Tal documento, para marco de bronce, nos dice que las perspectivas del movimiento obrero de España son mejores que lo fueran jamás. Cuando nuestra U.G.T. continuó por aquí —a semejanza de lo que se hacía por allí— su enlace con la C. N. T. no faltaron pesimistas que vaticinasen no se que fieros males. Pensaban esos archirrealistas sujetos que la táctica no podía coincidir cuando existían dos principios. ¿Y por qué no? Entre los republicanos y nosotros también existen concepciones diferentes. Diremos que hasta más diferentes y antagónicas, en el orden de los problemas sociales, que entre sindicalismo de substancia anarquista y sindicalismo de inspiración socialista. Y, sin embargo, la coincidencia fué, es y será posible por algún tiempo en España, ¿Por qué, entonces, no nos será dado un acuerdo, siquiera sea circunstancial, entre las dos poderosas Centrales sindicales?

El documento a la vista, nos dice que sí, porque ni ellos, los anarquistas, ni nosotros, los socialistas, vamos a pretender defender a destiempo maximalismos. Había

sospechas de que los anarquistas no hubiesen aprendido la lección. Craso error. El movimiento anarquista está en nuestra país dirigido por obreros, que sienten en su carne las brutalidades de la tiranía. Recojamos el dato. No se trata de algo de laboratorio de elucubraciones metafísicas, sino de un movimiento real y positivo, con fuerzas formidables a su disposición, y que por lo mismo no tiene otro remedio que atenerse a las consecuencias. Como nosotros, solo que con menos métodos, sus dirigentes eligen el terreno de la contienda. Con menos métodos según nosotros, con otros métodos según ellos. Pero lo positivo es que ese documento y otras actitudes meditadas, facilitan extraordinariamente la unidad de acción de los trabajadores españoles para triturar a sus feroces enemigos, sin necesidad de hipotecar ni las ideas ni los fueros de organización. Nuestra República, la española, la de los altos ideales, en nada comparable a una república de esas que se diferencian de la monarquía en que no tienen rey, puede ser terreno apropiado para la inteligencia de diversos factores políticos coincidentes en determinadas conveniencias comunes.

El por qué no sucedió antes, es otro cantar. Tenía que ser fatalmente así. Falta la experiencia. El contraste. Y el fuego y el dolor ha hecho mucho por la comprensión. Más de lo que nos figuramos. Perecieron muchas ilusiones. Y también bastantes engrimientos. De todo ha habido. Lo que ha podido determinar que se esté de vuelta de muchas cosas. Entre otras, de aquella república para los republicanos que algunos querían y practicaban sin pensar en el mal que hacían a la popularidad de la República.

En fin, en este Primero de Mayo de 1945, entre tanto fragor de intereses, se nos hace evidente que la República española tendrá por pilares un movimiento obrero convencido, por obra y gracia de una experiencia bien dura, de la necesidad de acompañar su acción a lo que la realidad brinda. Lo que abrirá para ese movimiento obrero perspectivas ilimitadas. Sin paradoja, ello será así. Recorreremos el camino con paso firme y meditada acción. Eso es todo. Y eso es mucho.

MANUEL ADAME

Los Problemas de la Postguerra

¿MONOPOLIO O CONTROL?

Después de terminada la guerra y liquidados los regímenes totalitarios se tiene que entrar forzosamente en un período de reorganización de los órganos estatales, con base democrática, en todas las naciones afectadas por el vendaval de la contienda. Al propio tiempo, se tendrá que emprender por éstos la gran labor depuradora en los servicios, seleccionando toda su empleomanía para asegurar un mínimo de fidelidad por cuantos presten servicios o desempeñen funciones dentro del régimen democrático, procurando destacar en los puestos de responsabilidad los elementos que se hallen bien preparados técnicamente y se compruebe que la hoja de servicios prestados a la República no ofrece dudas de ninguna especie. Simultáneamente a esta operación, los órganos representativos de las naciones liberadas tendrán que poner en juego todos los elementos y resortes vitales y económicos para hacer frente a la enorme tarea de la reconstrucción de cuanto ha destruído la guerra y planear sin titubeos de ninguna clase un sistema de producción y distribución de materias que reemplace con ventajas al practicado por la dominación nazifascista.

Nadie ignora que las guerras someten forzosamente a los pueblos a una producción bélica, intensiva, agotadora. Se ven obligados a supeditar todo a las exigencias materiales que la misma crea, en detrimento, claro está, del resto de las necesidades. Por eso vemos que el esfuerzo que reclama la acción guerrera lo absorbe todo. Podrán carecer las masas de educación, ni de vestido, de calefacción, de alimentos, de casa... no importa ¡Ah!... pero que no falten equipos adiestrados, fusiles, cañones, tanques, aviones, transportes militares, metralla; mucha metralla... todo lo demás... son artículos secundarios.

Las necesidades que se crean en torno a estas hecatombes son de tal naturaleza, que los Estados, para coordinar todos los elementos utilizables de que dispone la nación echan mano inmediatamente de las explotaciones privadas y las someten bajo el dominio del poder central para sacar el rendimiento que requiere en cada caso. Hoy son los Estados de la burguesía los que llevan el teje maneje de cuanto se realiza en el interior de cada país. Mañana, cuando se transforme la sociedad harán lo propio los órganos rectores que se constituyen, bajo cualquier denominación, en sustitución de los engranajes que hoy tiene creados la burguesía.

Por estas razones hemos visto que los gobiernos se han incautado de los transportes, de las minas, de las fábricas, de los talleres, de los campos para construir instalaciones de guerra, de la agricultura y de la producción en general. Por ese camino se ha llegado a convertir al Estado en empresario único, esto es, en monopolizador absoluto, ya que, lo absorbe todo, lo raciona todo, lo dirige todo; lo vigila todo y lo controla todo.

El control en el racionamiento de artículos es tanto más riguroso, cuanto mayor es la carencia de materias para distribuir entre la población necesitada. Los pueblos sometidos a esta clase de privaciones maldicen al control y desean vivamente su desaparición para que termine cuanto ante ese triste calvario.

Los comerciantes, los industriales y los empresarios particulares que han visto restringidos sus negocios sienten

más que nadie, un odio furibundo contra el Estado porque les priva de sus dominios, de establecer la libre concurrencia, en los mercados, porque no pueden ejercer el procedimiento legal de seguir explotando y dominando económicamente en la sociedad como antes. En fin, unos por unos motivos, otros por razones distintas, la buena cuestión es que nadie se halla satisfecho de la intervención del Estado en la forma que se viene realizando. Los pueblos soportan este sistema monopolizador del Estado por la fuerza misma de los acontecimientos, pero estamos seguros, que tan pronto se liquide la guerra se tendrá que poner fin a ese procedimiento, buscando otra modalidad que dé mayores satisfacciones a la población en general. ¿Quié debate esto que se tenga que volver nuevamente al sistema de empresas de explotación privada, dónde los propietarios pagaban salarios de hambre a los trabajadores, burlaban las leyes sociales y gozaban de impunidad ante la justicia? ¿Quié debate esto que las grandes empresas, los "carteles", los "trust", las cuencas mineras y los monopolios particulares van a volver nuevamente a manos de sus antiguos poseedores, con plena libertad de acción para explotar a mansalva, a la clase trabajadora? ¿Quié debate esto que la gran propiedad rústica continuará en manos de los absentistas parasitarios, empleando procedimientos anticuados en sus labores, defraudando a la Hacienda y teniendo sometida a la clase campesina a un régimen semifeudal? ¡No, y mil veces no! Terminada la guerra, barridos los escombros y las inmundicias totalitarias de los solares nacionales, reconstruídos los órganos de poder democráticos, basados en la voluntad popular, éstos no tendrán más remedio que dar acceso a la clase trabajadora en las direcciones y participaciones de las industrias, cualquiera que sea su denominación, su aplicación, su utilidad nacional. De la misma manera tendrá que llevar a cabo rápidamente una mejor redistribución de la riqueza agraria y estatuir sus órganos capacitados para dirigir las operaciones de producción, distribución e intercambio. Todo, naturalmente, vigilado, estructurado y coordinado bajo un riguroso control del Estado. Comprendemos que el dominio directo del suelo, del subsuelo, del transporte y demás explotaciones nacionales sean del Estado, en cambio, el dominio útil deberá corresponder a quienes colocan sus músculos y su inteligencia en hacerlos producir, en crear las riquezas nacionales.

Monopolio del Estado no, porque impide el desenvolvimiento de las iniciativas particulares y priva toda intervención directa en las operaciones a las organizaciones obreras con base múltiple, dentro y fuera de nuestro país.

El Estado debe establecer un sistema de control para producir lo que haga falta, creando industrias nuevas y suprimiendo las industrias innecesarias o que no llenen una función útil. Debe establecer un control riguroso en la fijación del área de cultivos, evitando así el caos en la producción agrícola. Se deberá establecer una coordinación y ordenación en todas las ramas de la producción bajo un plan general que tenga como base el máximo desarrollo de la economía nacional. Será necesario la aplicación del control en los mercados interiores, de la misma

ESTABILIZAR

LA REVOLUCION

Administrar una victoria política o social es tarea difícil. Consolidar una revolución cuesta muchos esfuerzos. Obra de tal naturaleza requiere una labor mancomunada y afecta, ya lo hemos visto, al trabajo de varias generaciones. Quizá por habernos olvidado de verdades tan sencillas hayamos tenido que salir al destierro. ¡ Si supiéramos aprovechar la lección!

Una situación revolucionaria no se caracteriza solo porque se produzca una subversión contra los poderes que pretenden subsistir frente a las aspiraciones y anhelos de los pueblos. Si tal nombre ha de plasmar en la realidad será preciso que se dicten normas de derecho en las que se encuadren las doctrinas que sirvieron de orientación al producirse el hecho revolucionario. El fallo entre los postulados y la administración del triunfo, ha sido casi siempre fatal para las nuevas ideas. Quedarse cortos en el avance legal en tales periodos es grave falta que se paga muy cara. Tales errores refuerzan, bien la sabemos, las doctrinas enemigas, las que queremos destruir. Así procedió en determinados momentos nuestra República. Rechazamos, eso sí, la frase desoladora, tan extendida por el campo y tan explotada por nuestros enemigos, que decía: "La República no ha llegado a los pueblos". Admitimos que dejaron de realizarse muchas obras que hubieran sido básicas para estabilizar la revolución que triunfó el 14 de abril de 1931. ¿Señalarlas de manera específica? Podríamos hacerlo con alguna extensión. En momento oportuno y sitio adecuado, convendrá realizarlo. Evitar que se incurra en los errores que nos abrieron las puertas del destierro es un deber.

La timidez en las decisiones de quienes tenían a su alcance la Gaceta fué un factor principal para la falta de estabilización. Ya sabemos que los ecos de protesta de los privilegiados por temor a los posibles avances legislativos, surgieron pronto y encontraron voceros de resonancia. Se pudieron acallar. Se debieron acallar. La solución incompleta, naturalmente, del problema agrario, por ejemplo, hubiera reducido mucho la zona del descontento entre los realizadores de la revolución y mermado en gran parte, el poder de las fuerzas que teníamos y tenemos la obligación de combatir y mejor aun de aniqui-

(Viene de la pág. 14).

manera se aplicará ese procedimiento para las importaciones y exportaciones, a fin de que reviertan las divisas del exterior, producto de las ventas realizadas por las entidades particulares y por las organizaciones obreras con base múltiple.

Sin esas medidas no se puede conocer lo que precisa la población para llevar una vida decorosa.

Estos problemas deberán ser abordados por los gobiernos respectivos o caeremos plenamente en el desbarajuste internacional por falta de una organización que reclaman las necesidades del momento presente.

Si en la primera etapa de la paz canalizan las actividades por ese sendero, la humanidad marchará resueltamente hacia rumbos más atrevidos.

lar.

No se hizo. La habilidad frailuna aprovechó bien este fallo se lanzó por los resquicios que presentaban sus flechas llenas de ponzoña contra la República. Lograron herirla. Armas tan innobles debilitaron la estabilidad del régimen, y por fin lo hundieron.

¡Cuántas cosas han sucedido desde que se incurrió en faltas de tal gravedad! ¿Se nos presentará de nuevo otro momento, que nos permita enmendar los yerros cometidos? Los esperamos. Lo deseamos. Tenemos la convicción de que vendrá. Aprovechémosle. ¡Cuidado con la rutina! El pecado de Inercia es siempre dañino; en política o en la vida sindical, imperdonable.

LUCIO MARTINEZ GIL.

PRIMERO DE MAYO

Ante la Fiesta Internacional del Trabajo

Las Entidades, Círculo Cultural "Pablo Iglesias", Juventud Socialista de España y Sociedad de Profesiones y Oficios Varios (U. G. T.), con el fin de conmemorar la memorable fiesta del trabajo, han organizado para dicho día y en el Centro Republicano Español, algunos actos de verdadera confraternización entre los exilados políticos españoles, afines a nuestra causa.

Se invita a los afiliados y familiares de dichas entidades, a que concurran a dicho Centro, Tacuba, 15, altos, a la hora del aperitivo, antes de la comida de medio día, como asimismo, después de la misma, a la hora del café.

A las seis de la tarde, y al precio de \$3.50 por persona, se servirá una merienda, por el BAR de dicho Centro.

A las 20 horas, o sea a las ocho de la noche, tendrá efecto un gran espectáculo público, en el salón de actos del mencionado Centro, en el que tomarán parte los prestigiosos y siguientes artistas:

Las populares bailarinas españolas, HERMANAS MARQUEZ.

La bellísima y triunfadora cancionetista española, AIDE GRACIA.

El renombrado cuadro CANTABRO ASTURIANO.

El afamado cuadro de aficionados de flamenco "SACRO MONTES".

La simpatiquísima y graciosa bailarina GLORIA MACIAS, y

Las populares MARIA Y ROSA MONTOYA, bailando en conjunto "La Muñeira" y bulerías.

También está invitado a este espectáculo de gran variación el popularísimo actor cómico y triunfador en la pantalla, compatriota nuestro, Don Angel Garasa.

Durante todo el día y en el interior del Centro Republicano Español, se obsequiará a la concurrencia, con la clásica "Flor Roja". El gran espectáculo será amenizado por una gran orquesta. La entrada será libre y gratis. Será un gran festival, por lo que rogamos la asistencia de los afiliados y familiares.

¡Viva el primero de mayo! ¡Viva la República Española! ¡Viva el Socialismo!

Informe sobre la Conferencia Obrero Mundial celebrada en Londres del 6 al 17 de Febrero de 1944

Sres. D. Belarmino Tomás y D. Pedro García, Presidente y Secretario respectivamente de la Unión General de Trabajadores de España.

MEXICO.

Estimados amigos y compañeros: Voy a relatar lo que más pueda interesarles de lo ocurrido durante la Conferencia Obrera Mundial. Para no malgastar su tiempo y el mío, prescindiré de darles cuenta detallada de debates y acuerdos de que ya les supongo enterados por la prensa. Por otra parte, la Conferencia editará en volumen las actas de las sesiones, y tan pronto se publiquen, les enviaré un ejemplar. Pero ni en las informaciones de prensa se recogieron ni en ese volumen se recogerán algunos pormenores que ustedes deben conocer, ni el ambiente psicológico en que se desenvolvió la abigarrada y heteróclita asamblea, y de todo esto quiero preferentemente informarles ahora.

Las delegaciones españolas.—Como ustedes ya saben, la U.G.T. estuvo representada por dos grupos de delegados: en el uno figuraban Amaro del Rosal, procedente del Norte de África francesa y poco antes de América (asombran las facilidades materiales y oficiales de que tales gentes disponen para viajar por toda la redondez de la Tierra), Enrique de Santiago y J. Ferrer, estos dos últimos venidos de Francia; en el otro estábamos Trifón Gómez y Pascual Tomás, que llegaron el día 17 de Francia, Wenceslao Carrillo, en representación del grupo sindical de Londres, y yo, en representación de ustedes y de la U.G.T. en Francia. Tan pronto como llegó Trifón Gómez le comuniqué la carta de ustedes del 4 de Diciembre de 1944 y el telegrama también suyo que recibí el 29 de Enero, en los que le designaban delegado a la Conferencia.

Sentimos mucho que los compañeros Belarmino Tomás e Indalecio Prieto no vieran a la Conferencia, yo porque me hubiera agradao que conociesen por impresión personal la atmósfera que en aquella asamblea y fuera de ella se respiraba aquí, y Trifón Gómez y Pascual Tomás porque hubieran querido hablar con ustedes de su situación en Francia y de sus vehementes deseos de que la U.G.T. y el Partido Socialista español en Francia y México unifiquen sus organizaciones y sus esfuerzos para los fines políticos inmediatos. Ambos me pidieron muy encarecidamente que les escribiese rogándoles que o bien se trasladasen esas Ejecutivas cuanto antes a territorio francés, o bien, si eso no fuera posible de momento, envíen uno o más delegados a Londres para tratar de estos pro-

blemas; alguno de ellos, probablemente Trifón, haría otro viaje a esta ciudad con ese objeto.

Como el reglamento de la Conferencia no autorizaba más que un delegado por cada uno de los dos grupos, el nuestro eligió a Trifón Gómez y el otro a Amaro del Rosal. Los demás quedamos en "observadores", sin voz ni voto en la Conferencia.

Pero también permanecieron en categoría de observadores los dos delegados oficiales durante las discusiones de los tres primeros asuntos del orden del día —operación al esfuerzo de guerra de los países aliados, actitud de las organizaciones obreras en relación con las condiciones del armisticio, y representación de las organizaciones obreras en la conferencia de la paz— por considerarse a España como país neutral, en el mismo rango que Eire o Irlanda del Sur, Suecia y Suiza, únicas naciones neutrales representadas. Sólo en el cuarto asunto del orden del día —problemas de reconstrucción en la postguerra, incluso la reconstrucción del movimiento obrero internacional— los delegados españoles pudieron intervenir con pleno derecho, si bien en la forma desconsiderada y humillante con que fué tratado el nuestro, como luego les daré cuenta.

Un incidente.—Hasta el último día de la Conferencia, nos limitamos, pues, a oír, ver y callar, como cumplía a unos forzados observadores, salvo un incidente que me ocurrió el primer día y que, no obstante su nimiedad, reflejaba el estado de ánimo preconcebido con que algunas delegaciones acudieron a la Conferencia y que luego se fué cristalizando en los debates y en los acuerdos finales. Por eso me detengo a referirlo.

Semanas antes de reunirse la Conferencia, la secretaría del Trade-Union Congress, que la había convocado y organizado, me pidió que actuase como traductor de inglés y español en el curso de los debates, ya que, al parecer, el número disponible de traductores eficaces en estas lenguas era demasiado escaso para los que necesitaban en las sesiones plenarias y en las distintas comisiones. Aunque la solicitud no realizaba ciertamente la jerarquía de mi representación, en mi deseo de ayudar a los amigos de los sindicatos británicos en la medida de mis fuerzas me ofrecí a servir desinteresadamente de traductor de algunas de las comisiones. Me designaron para dos, una de ellas la de Reglamento, que se reunió el primer día. La misma noche que tuve que escribir en inglés la siguiente carta donde queda explicado el incidente en cuestión y que traduzco literalmente:

"Londres, 6 de Febrero de 1945.

Al Presidente de la Comisión de la Conferencia Obrera Mundial.

Querido Presidente: Quizás sepa usted que yo soy uno de los delegados de la U.G.T. española en México y Francia a la Conferencia Obrera Mundial y que, a ruegos del secretariado de la Conferencia, acepté desinteresadamente ayudar como traductor a los delegados de lengua española en dos comisiones, una de ellas la de Reglamento.

Me causó por lo tanto un poco de sorpresa que esta tarde, sin ninguna notificación previa, a mí por lo menos, el delegado mexicano (un tal Amilpa) se presentara en nuestra comisión acompañado de otro traductor que no había sido designado para ella, explicándome que en cierta ocasión, creo que en Ginebra, le habían traducido tan desastrosamente uno de sus discursos, que deseaba evitar que se repitiera una desfiguración semejante de su pensamiento.

Aunque estas observaciones no eran muy lisonjeras para mí, tanto más cuanto que el delegado mexicano no me había visto actuar nunca como traductor, cedí jovialmente a esta manera irregular de reemplazarme, pensando que el delegado mexicano bien pudiera ser uno de esos oradores floridos que se inquietan de que la brillantez de sus ideas y las bellezas de su lenguaje se pierdan en una traducción descuidada, y hubiera sido cruel por mi parte no darle facilidades de ser traducido en el mejor inglés posible.

Pero pronto descubrí que su zozobra no era puramente estética, cuando al discutirse los países neutrales que habían sido invitados a la Conferencia, dijo que entre los grupos sindicales españoles, presentes en nuestra asamblea, había algunos que son fascistas y que trabajan para el general Franco. No los nombró; pero como yo presumo que para este delegado todo español que no sea comunista o comunistófilo, como lo es él mismo, tiene que ser fascista, infiero que los grupos que él considera como fascistas son precisamente los que yo represento.

Me hubiera gustado replicar en el acto a este infundado y despreciable insulto, pero como no tengo voz propia en la comisión de Reglamento, me sentí obligado a guardar silencio y ahora le escribo a usted por estos dos motivos:

1º Para protestar en la forma más enérgica en mi propio nombre, en el de mis colegas y en el de los sindicatos españoles que representamos, contra ese vilísimo

mo ultraje lanzado sobre nosotros y sobre la gloriosa U.G.T. española.

2º Para informar a usted que, muy a mi pesar, renunció a servir de traductor en la Comisión de Reglamento en tanto ese delegado mexicano forme parte de ella, y en cualquiera otra comisión en que participen los delegados mexicanos en tanto la delegación mexicana no repudie las palabras, tan ofensivas para nosotros, pronunciadas por uno de sus miembros.

No necesito decir que no dirigió la menor censura al traductor que, tal vez no muy gustosamente, vino a sustituirme.

Lamentando este imprevisto incidente, que no parece ser un augurio propicio para la unificación de los trabajadores del mundo, y que me fuerza a retirar mis modestos servicios como traductor en esta comisión, es de usted sinceramente,

LUIS ARAQUISTAIN".

Supé que esta carta fué leída el día 7 de Febrero en la Comisión de Reglamentos y que el delegado aludido pidió contestar por escrito. No sé si lo hizo. Yo no volví a tener noticia alguna de este asunto, que por las trazas quedó allí enterrado en el más profundo secreto. Dominada esta comisión, como todas y como la misma Conferencia en pleno, por la delegación rusa y por sus paniaguados en numerosos países del Viejo y Nuevo Mundo, sin que las delegaciones independientes pudieran hacer otra cosa que poner algún freno a esa desbordante hegemonía, bien por hallarse en una posición minoritaria o bien a causa de tener atadas las manos o la lengua por las circunstancias internacionales del momento, sus vocales debieron pensar, con razón, que era peor meneallo, ya que el objetivo capital de la Conferencia, a juicio de los hegemónicos, era dar al mundo la falsa impresión de que todos estábamos fraternalmente unidos y dispuestos a dejarnos llevar por donde ellos quisiesen. Como es natural, yo no volví a la Comisión de Reglamento ni a ninguna otra.

Hacia una nueva Internacional Sindical.
—Los tres primeros puntos del orden del día fueron copiosos torneos oratorios en que los delegados de los países beligerantes no tenían ni tendrán razón de discrepar, mientras sus gobiernos respectivos vayan de acuerdo. La cuestión batallona fué el cuarto punto, el referente a la reconstrucción del movimiento obrero internacional, dibujándose tras él las dos tendencias, difícilmente reconciliables, en que el mundo va a dividirse después de la guerra y quién sabe si también en la propia conferencia de la paz.

Era evidente desde el primer momento que la delegación rusa y sus secuaces traían el propósito de dar el golpe de gracia y enterrar a la vieja Federación Sindical In-

ternacional y crear una nueva donde tenderá cabida y hasta preferencia y mimos, como ya los tuvieron en la Conferencia, los antiguos sindicatos amarillos y los que se han constituido o se constituyen de novísima planta. Como "observadores" oficiales y particulares, asistíamos atónitos al paradójico espectáculo, obra sin duda de los geniecillos irónicos de la Historia, de que aquellos puros e intransigentes sindicatos soviéticos, paladines antaño de la lucha de clases a ultranza, que a diario denostaban a los sindicatos de la Federación Internacional de Amsterdam como instrumentos aburguesados y corrompidos del capitalismo, tendiesen ahora la fraterna mano no sólo a esos despreciables enemigos de ayer muy reciente, sino también, y acaso con mayor ternura, a los que en todo tiempo habían sido sus enemigos comunes: los sindicatos católicos y cristianos de diversos países. Por lo visto el plan era y es extender un contubernio como el concebido en la Junta Suprema de Unión Nacional para los españoles al orden internacional y a los fines misteriosos de la paz futura.

La delegación británica, tal vez convenida tardíamente de que su papel era el del aprendiz de brujo, que desata o permite desatar fuerzas elementales que luego no puede controlar, hizo cuanto pudo por parar el golpe de gracia a la organización que preside el propio secretario general de los sindicatos británicos, Walter Citrine, y otros golpes sucedáneos. Muy al comienzo de la Conferencia, Citrine, reflejando en el rostro y en sus graves palabras el asombro y el disgusto que notoriamente le embargaban, se levantó a decir, con motivo de una cuestión incidental, que el objeto de los convocadores y organizadores de la Conferencia, con el asentimiento tácito de todos sus colaboradores y adherentes, había sido celebrar una asamblea meramente consultiva y no crear una entidad independiente y ejecutiva, como ahora se pretendía arbitrariamente y contra todos los mandatos otorgados a las delegaciones.

La delegación británica se opuso también a que fueran invitados a la Conferencia delegados de varios países ex enemigos como Finlandia, Bulgaria, Rumanía e Italia y de la Polonia sujeta al gobierno de Lublin, máxime cuando ya había presente un delegado de la Polonia soberana. La aceptación de esto último, grato a la delegación soviética y a sus bucelarios, hubiera significado el reconocimiento del gobierno de Lublin por la Conferencia, antes de la declaración de Crímea; la delegación británica se negó rotundamente a admitir esta propuesta que prejuzgaba una cuestión de litigio y sus valedores tuvieron que archivarla. Consiguieron en cambio a la postre que se invitara a los cuatro países ex enemigos mencionados, los cuales, como es

natural se sentirán muy reconocidos a sus protectores en las reuniones futuras y en la propia Conferencia de la Paz si esta organización internacional incipiente logra estar representada en ella, que es por lo visto lo que se busca.

A última hora, el grupo monolítico de delegados soviéticos y soviéticos quiso por lo menos que la Conferencia quedara cristalizada en un secretariado permanente que prosiguiera con carácter ejecutivo sus trabajos, como compensación a la negativa absoluta de los delegados británicos a dar por creada la nueva Internacional Sindical. Tampoco cedió en este punto la delegación británica, y en vez del secretariado propuesto se acordó constituir un llamado comité de continuación, encargado de estudiar y redactar un proyecto de estatutos de la nueva organización internacional, que en su día se someterán a la aprobación o no de los respectivos sindicatos nacionales.

Para este comité de continuación la delegación británica propuso 18 vocales, de los cuales tres correspondían a la Gran Bretaña, tres a Rusia, tres a Francia y uno para toda la Europa restante. La injusticia de esta última proporción saltaba a la vista, pero era evidente que al asignar un solo delegado al resto de Europa, fuera de los tres países mencionados, la delegación británica buscaba el medio de mantener dentro del comité una especie de política de equilibrio, para evitar que el peso soviético y el de los países que por un motivo u otro empiezan a moverse en su órbita inclinaran la balanza de las futuras decisiones, sindicales o políticas, hacia el platillo ruso. Todos los países postergados, menos nosotros, pusieron el grito en el cielo, consciente o inconscientemente de lo que hacían, y el resultado final fué que en el comité de continuación hay ya más de cuarenta delegados, o sea casi tantos como en la propia Conferencia. En realidad, el comité será una prolongación permanente y casi íntegra de la Conferencia. Pueden ustedes imaginarse las perplejidades que con esta se han acumulado en el ánimo desconcertado del aprendiz de brujo antes aludido.

Creo que en el flamante comité de continuación estará representada, si así lo desea, hasta Andorra, y quién sabe si incluso nuestro país Vasco, cuya Solidaridad de Obreros Vascos pidió un puesto en la Conferencia. La Comisión de credenciales declinó la solicitud, si no recuerdo mal por razones de trámite o cosa así, pero haciendo pública declaración de que la "había visto con mucha simpatía". Es posible que esas dificultades o las que fueran se venzan en un futuro próximo y que Vasconia entre a formar parte de esta multiconfesional organización obrera. Al parecer, el camino más viable, aunque no el menos

tortuoso, para realizar la unidad obrera en el mundo entero consiste en balkanizarle o más bien atomizarle primero, política y sindicalmente, en todas partes. Por algo nuestros vascos tienen puestas tantas esperanzas unificadoras en el poder aglutinante y prometedor de las sirenas moscovitas.

En cambio no está ya Polonia en el comité de continuación. Como todavía no se ha podido incluir un delegado de la Polonia lublinesa —pero todo se andará y sin tardar mucho—, se ha suprimido el que existía. De este modo, el proletariado polaco, que es sin duda alguna el que proporcionalmente ha sufrido más en esta guerra y más ha combatido contra los invasores alemanes, no merece tener representación en un organismo internacional con pretensiones de libertador donde ya están representados incluso algunos países como Finlandia, Bulgaria, Rumanía e Italia que hasta hace pocos meses, y en algún caso casi días, combatían aún como aliados de Alemania contra las Naciones Unidas. ¡Sarcasmo sangriento y trágicas burlas del destino que nos harían reír si no nos hicieran llorar de infinita tristeza ante tan monstruosos ejemplos de la injusticia humana!

España en el Comité de Continuación. —He dejado para el final lo más desagradable de este relato, por haber ocurrido al término de la Conferencia lo que voy a referirles y porque es natural que las píldoras más amargas se dejen hasta que no hay otro remedio que tragarlas. En el amplio pastel que puso remate a la Conferencia, a España se le concedió un puesto en el Comité de Continuación, y se nos pidió a las dos delegaciones que designásemos un representante de ambas. Hubo previamente algunas conversaciones entre Amaro del Rosal y Pascual Tomás y entre Enrique de Santiago y Carrillo; pero como, naturalmente, no era posible ninguna solución de concordia en la forma que los delegados comunistas o comunistoides pretendían, subió a la tribuna Trifón Gómez para hacer la proposición siguiente a la Conferencia.

La U.G.T. de España —vino o decir en síntesis— no está presente en esta asamblea. Muda ahora y aherrojada por Franco, no ha podido enviar aquí representantes debidamente autorizados. No es que esté ociosa ni indiferente a lo que aquí se ventila. Trabaja en España por lo mismo que aquí trabajamos: por barrer el fascismo de nuestro país y del mundo y por unificar todo el proletariado, como lo prueba el hecho de que la U.G.T. y la C.N.T., que la veríamos con mucho gusto representada en esta Conferencia, a lo cual tiene tantos títulos como el que más, estén colaborando allí en una acción común verdaderamente fraternal. Pero lo cierto es que ninguno de los que constituimos las dos delegaciones podemos ostentar una representación expresa y acreditada de la U.G.T. de España,

y así lo ha reconocido esta Conferencia al invitar a sus deliberaciones, no a nuestros compañeros de España, sino sólo a los que vivimos refugiados en el Extranjero. Por lo tanto, y en vista del desacuerdo de nuestras delegaciones, yo pido a la Conferencia que deje vacante el puesto asignado a España hasta que nuestra U.G.T. pueda ocuparlo con plenitud de derecho y sin disputa de nadie, o hasta que recobre su libertad y pueda estar entre nosotros el hombre que durante muchos años fué su más legítima personificación en todas las asambleas nacionales o internacionales donde fué llamado a representarla...

Yo aplaudí esta propuesta no sólo por la nobleza implícita en la alusión de las últimas palabras, sino también porque, dada la manifiesta hostilidad de una buena parte de la Conferencia hacia nuestro grupo, era la actitud más política y la única que podía dejarnos en una posición relativamente airosa, ya que no podíamos esperar que ni el otro grupo ni por tanto la asamblea en pleno, por la influencia comunista a que reiteradamente vengo refiriéndome, aceptara para el comité de continuación uno de los nuestros. Desventuradamente, el Presidente de turno, Isaacs, de la delegación británica, o no entendió a derechas el emocionado y hábil discurso de Trifón Gómez o no quiso entenderlo, y apenas se le hubo traducido al inglés del español —una de las cuatro lenguas oficiales de la Conferencia—, protestó neciamente de que el orador hubiera intentado plantear en la asamblea plenaria un pleito interno que a la Conferencia no le interesaba ni podía por sí misma resolver. ¡Como si la división en que nos hallábamos no estuviera a la vista de todos en nuestras propias representaciones, y como si en ningún instante la Conferencia la hubiera desconocido al invitarnos a asistir por separado! ¡Y como si no hubiera sido la Conferencia la que había motivado la intervención de nuestro compañero en pro de una solución inhibitoria, al querer obligarnos a estar representados por un solo delegado dos grupos que no tenían ni tienen nada de común!

Muchos veteranos británicos y otros que conocían de antiguo la U.G.T. y a Trifón Gómez, Pascual Tomás y Wenceslao Carrillo, y sabían dónde estaba su verdadera representación, ya que no podía estarlo en ninguno de aquellos otros tres individuos anónimos y sin personalidad propia, de los cuales no habían oído hablar nunca y a quienes la inmensa mayoría de la asamblea veía por primera vez, encontraron en extremo prudente y acertada la propuesta de nuestro delegado, como luego nos manifestaron; pero desgraciadamente nadie tuvo entonces y allí la hombría de defender públicamente a nuestro compañero contra el atropello y la torpe interpretación de la presidencia, bien fuera por la sorpresa y ra-

pidez con que se produjo la penosa escena o bien porque había razones estatales o internacionales que se sobreponían a toda otra consideración y exigían el silencio ante la injusticia cometida con un compañero leal y a un amigo de toda la vida. Se le sacrificaba, como al delegado de Polonia. No en vano son Polonia y España las dos eternas Cenicientas de Europa.

Esto ocurría por la mañana del día 17, último de la Conferencia. Cuando después de almorzar volvimos a la sesión nos encontramos con que el otro grupo, siempre madrugador, había propuesto para delegado de España en el comité de continuación a Rodríguez Vega y para suplente —entonces supimos que había suplentes— al que designase nuestro grupo. La Conferencia estaba esperando nuestra decisión. Mis tres compañeros, Trifón Gómez, Pascual Tomás y Carrillo, opinaron que en aquel ambiente irrespirable era inútil proponer una candidatura nuestra para primer delegado, que toda lucha era ya estéril, que no había más opción que aceptar lo propuesto por los otros o renunciar a toda representación nuestra en el comité, y ellos se inclinaron a lo primero por considerarlo el mal menor. Así se acordó, con mi voto en contra, que fundamenté del modo siguiente: reconocer como delegado a Rodríguez Vega era reconocer por la tácita, en el plano internacional, quisiéramos o no, el mayor derecho de la Ejecutiva, de que él es secretario; era reforzar de este modo, indirectamente, al "gobierno" Negrín, de que esa Ejecutiva es un instrumento en el plano sindical; era sembrar la confusión y el desconcierto entre nuestros compañeros de España y del extranjero, presentándose no sólo unidos, sino subordinados a los disidentes comunistas o comunistoides de la U.G.T.; sería además, para mí, en mi doble calidad de delegado de ustedes y delegado de la Junta Española de Liberación, dar armas y triunfos a los españoles y extranjeros que en América y aquí combaten cuanto ustedes y la Junta representan en punto a republicanismo democrático e independencia y soberanía de nuestro país. Yo me hacía cargo de las razones de oportunidad y eficacia que mis compañeros alegaban, pero teniendo en cuenta las mías que acabo de exponer y convencido en definitiva de que ustedes me desautorizarían con harta razón si procediera de otro modo, porque conozco y comparto la lucha acerba y en múltiples frentes en que están ustedes empeñados, me veía obligado a no suscribir su decisión, aún respetándola por su pureza de intenciones y su generoso sacrificio. Si obré equivocadamente a tiempo están ustedes de rectificarme, ya que todos los acuerdos tomados en la Conferencia necesitan para su validez del refrendo de las organizaciones respectivas.

Para colmo de humillación, finalmente re-

sultó que el delegado en el comité de continuación no era Rodríguez Vega, como primero se nos dijo mendazmente, sino Amaro del Rosal. Como suplente quedó nombrado Pascual Tomás. La sede del comité estará en París; se ve que se quiere sustraer a la influencia británica.

Después de la Conferencia, Trifón Gómez me dijo que tal vez lo mejor hubiera sido retirarnos de ella en el momento en que le había atropellado el presidente. De acuerdo. También me dijo que probablemente la U.G.T. en Francia no referendaría lo que ellos habían aceptado para el comité de continuación. Ojalá. Me parece que ese era también su íntimo y último deseo.

La Conferencia acordó volver a reunirse antes de que termine el año de 1945. Es posible que no se reúna nunca más, sobre todo si entre tanto concluye la guerra: en la Conferencia de la Paz habría cumplido una de sus misiones. Y si se reúne, a menos que a ella se incorpore la Federación Americana del Trabajo, y los sindicatos británicos y todos los no comunistas recobren, con la paz, su plena libertad de acción, opino que nuestra U.G.T. nada tiene que hacer en una organización de esta especie, dominada de hecho por unos sindicatos que son órganos de un Estado y ahora se pretende que sean instru-

mento de su política internacional, del mismo modo que en otro tiempo lo fué la Comintern. En realidad, ha sido lamentable hasta que estuviéramos presentes en esta primera Conferencia. Pero de su verdadera significación política general, que no ha hecho sin rozar en este informe, pienso ocuparme en un artículo por separado, y se lo enviaré a ustedes para su conocimiento y para que lo publiquen en ese país si lo consideran oportuno. Huelga decir que también pueden disponer de este informe como mejor gusten.

Nota final. — Invitados personalmente por la delegación soviética, los cuatro delegados consideramos un deber de cortesía asistir a la espléndida y multitudinosa recepción que dió en el Hotel Savoy, uno de los más lujosos de Londres. Lo cortés no quita lo valiente. Con los sindicatos rusos no tenemos ninguna contienda. Lamentamos que no sean independientes del Estado, como lo son los de los países democráticos, pero si ellos aceptan o toleran esa situación, con su pan se lo coman. Lo único que queremos es que ese régimen de dependencia no pretendan extenderlo e imponerlo a países y sindicatos que quieren organizarse y vivir de otra manera. Que cada uno administre su vida y su libertad a su gusto. No les pedimos más, pero tampoco menos. Sólo así será posible que

todos nos entendamos y aun fraternicemos pacífica y duraderamente, como en aquella hora que pasamos juntos en la recepción aludida. Y muy agradecidos a la atención de invitarnos. Lástima que no pudiéramos corresponderles, como hubiéramos deseado.

Les saluda afectuosamente,

LUIS ARAQUISTAIN

ACUERDO DE LA COMISION EJECUTIVA DE LA U.G.T.

Tan pronto llegó a nuestras manos el INFORME de nuestro delegado Luis Araquistain a la Conferencia Obrera Internacional celebrada en Londres, los días 6 al 17 del pasado mes de Febrero, la Comisión Ejecutiva de la Unión General de Trabajadores de España se reunió inmediatamente y examinó con detenimiento el contenido del referido documento.

Después de comentar el alcance de los principales asuntos que señala nuestro compañero, y muy especialmente, en el que hace referencia a su posición sobre la designación de la representación obrera española de la U.G.T., esta Comisión Ejecutiva declara que se halla total y absolutamente identificada con su posición y criterio mantenido y aprueba en todas sus partes su gestión.

Rememorando el 1º de Mayo

Hace 59 años que en Chicago y otras ciudades de los Estados Unidos de América se declaró una huelga de resonancia mundial, por cuyo motivo se vieron afectados unos 11.562 establecimientos industriales, teniendo como centro de agitación y orientación la citada ciudad. La bandera que desplegó el proletariado en aquella lucha fué, la de pedir el establecimiento de la jornada de ocho horas de trabajo. Entonces se trabajaban diez y doce horas diarias.

Durante la primera jornada del movimiento huelguístico hubo seis obreros muertos, ocasionados por las brutales cargas de la policía. El 4 de Mayo, una manifestación pacífica, de protesta por los asesinatos de la fuerza bruta culminó con nuevas víctimas proletarias, seguida de una represión extraordinaria contra los dirigentes de aquel movimiento obrero, por cuyo motivo fueron sentenciados a muerte y llevados más tarde al

patíbulo a los compañeros Alberto R. Parsons, Jorge Engel, Augusto Spies, Luis Lingg, Miguel Schawb, Adolfo Fischer, Oscar W. Neche y Samuel Fulden. Estos son los mártires de aquel 1º de Mayo de 1886, ejecutados posteriormente por el delito de querer reglamentar la jornada de trabajo reduciéndola a ocho horas.

Posteriormente, la clase trabajadora internacional celebró un Congreso en París, precisamente el 14 de Julio de 1889, coincidiendo con la histórica fecha del centenario de la toma de la Bastilla, y en él, la representación del obrerismo revolucionario adoptó el postulado de las ocho horas como jornada máxima. Los congresistas resolvieron igualmente declarar el 1º de Mayo Fiesta de los trabajadores consagrando esa jornada a moralizar a los trabajadores organizados para formular las peticiones reivindicadoras que cada año estimaran convenientes.

A partir de ese Congreso se ha venido celebrando en todas partes la Fiesta del Trabajo demostrando su creciente potencialidad y sus aspiraciones progresivas. Por eso la jornada del 1º de Mayo tiene su historia de grandeza. Las luchas constantes han convertido ese movimiento anual en algo histórico y consubstancial que encarna en la verdadera lucha de clases. Desde aquella época se ha venido rememorando en todas partes a los iniciadores y orientadores de aquel movimiento generoso y emancipador. Este año, al honrar a los mártires de Chicago, tendremos que recordar a muchos millares de trabajadores, vilmente asesinados por las hordas nazifascistas, en diferentes partes de la tierra, entre ella, la de España. Nuestro heroico pueblo dió un extraordinario contingente de seres caídos en defensa de la libertad y de la democracia republicana.

(Pasa a la pág. 20)

COSAS PASADAS

En estos días se cumplen catorce años que en nuestro País se proclamó la República como consecuencia de unas elecciones municipales. Aunque ello me lleve a discrepar de opiniones de hombres destacados, yo he sostenido siempre la opinión, de que este hecho no fué, ni una cosa inesperada ni casual.

Yo no quiero negar aquello de los imponderables, ni que en política puedan tener estos un papel decisivo, pero lo que sí quiero afirmar es, que la labor de crítica desarrollada por los elementos de mayor prestigio, de mayor fé en los destinos de nuestro país, en contra de la Dictadura y de la Monarquía, había creado un clima tan favorable a un cambio de régimen, que cuando al pueblo español se le dió la primera oportunidad, no vaciló en dar al traste con todo lo que significaba aquel régimen de vergüenza y de oprobio.

Basta recordar, a más de la labor desarrollada por los republicanos de todos los matices después del Pacto de San Sebastián y de las Organizaciones Obreras, la de los profesores, los estudiantes y en fin, la de todos los elementos progresivos de nuestro país, para confirmar mi aserto.

Como anécdota que corrobora esto, voy a contar un hecho ocurrido, no ya solo con mi presencia, sino con mi participación, que demuestra el ambiente que se respiraba en todo España en aquellos momentos.

Hacia una visita a Cuenca Primo de Rivera y con este motivo se habían congregado en las estaciones de tránsito, los célebres Delegados Gubernativos, para rendirle pleitesía a su paso. Cumplida su misión, un grupo de ellos se reunieron en un Hotel a cenar y las copiosas libaciones iban haciendo que las lenguas se desataran y el entusiasmo fuera decreciendo, de una manera visible. En otro edificio estaba un pacífico grupo de otra mesa de Viajantes de Comercio, que reaccionando y de acuerdo con el dueño del Hotel, acordaron, que en caso de que estos señores profririeran ciertos gritos, ellos habían de contestar convenientemente.

Como era de esperar el hecho sucedió y aquellos pacíficos viajeros de comercio contestaron con vivas a la república y abajo la dictadura, al mismo tiempo que la luz se apagaba, naturalmente que en complicidad con el

dueño del Hotel, y así el incidente pasó sin contratiempo alguno.

Algunos días después la República había sido establecida, y el viajante de comercio había de seguir su pacífica misión por los pueblos y el primero de Mayo había de pasarlo en un pueblecito de la Alcarria, feudo del más pícaro de todos los políticos de nuestro país en los últimos tiempos, el Conde de Romanones.

Los obreros desean celebrar el primero de Mayo y acuden al Ayuntamiento a pedir al alcalde que les autorice desfilar por las calles del pueblo. El Alcalde los echó diciéndoles que aquel Ayuntamiento es de Romanones y que a él no le interesa de si es verdad o no lo que dicen de que en otras partes de España hay república y de que el Rey ha salido de España. Y para reforzar estos argumentos llama al sargento de la guardia civil, que con dos parejas acude presuroso a cuidar del orden romanista, de aquel pueblo.

Para dar fé de su decisión insulta a los obreros y les dice, que mientras el Conde no disponga otra cosa, allí no entrará la república, aunque el Rey haya salido de España destronado. Ello da lugar a que los obreros muestren su descontento y para evitar males, que ya se vislumbraban, el viajante interviene cerca de las autoridades y no solo consigue que la manifestación se haga, sino que además, hace que la guardia civil allí residente, quite de su cuello la corona real, que aun tenían puestas sobre su insignia.

No se si entonces aquellas autoridades de Romanones y aquellos guardias civiles de Romanones también, quedaron convencidos de que en España había pasado algo y de que ese algo era el advenimiento de la república, pero de lo que sí estoy seguro es, de que el dueño del Hotel al apagar su luz complicado con los viajeros y estos obreros al querer celebrar por primera vez una manifestación así, habían sido elementos de ese clima propicio desparado por todo España, que posibilitó el advenimiento de la república, sin que, según mi modesta opinión ello constituyera, ni algo inesperado ni casual.

PEDRO VELEZ.

(Viene de la pág. 19)

Estas tareas anuales, interrumpidas en los países dominados por las dictaduras totalitarias, en donde la auténtica organización obrera quedó deshecha transitoriamente por la deshecha represión, tenemos la convicción de que resurgirá tan pronto termine la contienda y se hundan las instituciones nazifascistas. Esta es nuestra visión del futuro inmediato y pensamos que antes del 1º de Mayo de 1946 se

habrán liquidado a todos los malhechores de la humanidad que ensangrentaron toda la superficie de la tierra, segando millones de vidas juveniles. Si se salvaran los criminales que provocaron este estado de violencia, de destrucción y de muerte, la justicia Histórica no tendría de perdón, ni podría reivindicar sus fueros jamás. En tal caso los pueblos reaccionarían bruscamente y nadie tendría derecho a lamentar los excesos que pudieran cometer. Esperemos que los

acontecimientos se desarrollen de acuerdo con las circunstancias, y que éstas sean favorables al sentir general de las masas productoras. Si estas ansias se ven coronadas por el éxito, en el 1º de Mayo del año venidero los obreros del mundo entero celebrarán jubilosamente la festividad de los trabajadores, iniciando una nueva era de verdadera justicia y entonarán a los cuatro vientos llenos de satisfacción, un canto a la paz, a la libertad y al trabajo.

O P I N I O N E S

Ante las Perspectivas del Movimiento Sindical

No cabe duda que la actual coyuntura política universal es propicia a todas las desorientaciones, a todas las timideces y a todos los errores. No obstante, hay una verdad profunda de orden general que se impone sobre las tinieblas del presente mostrándonos el porvenir inexorable de contornos muy precisos. Esta verdad que, para la mentalidad burguesa es relativa porque ella amenaza privilegios tradicionales que no se desean perder, para los socialistas es absoluta, contundente e inmutable. Si la Historia no hubiese demostrado a estas alturas el camino afortunado a que la sociedad se aboca decidida en este período actual, recurriremos al análisis prolijo de las situaciones y al apayo fecundo de los textos aleccionadores, pero esta labor de convencimiento y captación de voluntades la reputamos ya cubierta en el cuadro de nuestros predecesores y maestros socialistas, entre los que el nombre de Pablo Iglesias, adquiere magníficas irradiaciones. Nuestra hora es la del hecho determinado, de la aspiración conseguida, del milenio esperado. Es decir. La civilización socialista ya no es una tesis sino una consecuencia, no una concepción dialéctica por demostrar sino un teorema hecho axioma. Estamos ya incluidos en el ciclo socialista de la Humanidad, cuya tangibilidad ya es controlada, no solo por los pensadores de nuestras filas, sí que también por los teóricos de las contrarias. Cumple a estos últimos y sus representados, en su papel de última supervivencia de una clase, ofrecer un período de resistencia y de orientación que dilata en cuanto sea posible la situación que defienden. Este se el presente actualísimo. Es de nuestra obligación en cuanto exponente de la clase productora actuar en el proceso social con un sentido ponderado de la responsabilidad para incorporar a la vida cotidiana esas conquistas que ya fueron ganadas con la razón y la sangre de nuestros mártires. Este es el porvenir inmediato.

Y en ese futuro que alcanzamos con la mano, aunque una cortina de humo burgués, lo encubra, el sindicato como expresión social y económica del trabajador tiene reservada una función de primerísima importancia. Conquistadora, con respecto del último esfuerzo enemigo. Constructiva, como actuante del nuevo proceso socialista que debe consolidar y cimentar con los menos dolores humanos posibles. Y revolucionaria siempre, en traducción lógica de las prerrogativas de libertad, derecho y deberes que son inmanentes en la condición del hombre.

Más, en esa senda positiva de la labor que el futuro determina en la vida sindical de los trabajadores, los escollos serán grandes y la tarea árdua. Tanto, que es preciso comprender con altura de perspectiva el papel social

que deberá representar el sindicato obrero en ese porvenir que columbramos, evitando que esa nueva personalidad decisiva en el devenir político niegue las esencias del individuo en cuanto a sus libertades básicas. La gran interrogante que se abre ante nosotros reside fundamentalmente en atisbar con acierto el modo de cumplir las obligaciones que exigirá un Estado de soluciones colectivas sin hipotecar en tal empresa las facultades de elección y exámen que dán vida y estímulo a toda organización. La experiencia nos demostró ampliamente —sobre todo a nosotros españoles— que toda actuación es infecunda, aunque parezca revolucionaria, cuando en la organización se entroniza el concepto de una gerarquización cerrada que cludiendo el deber de la responsabilidad crea insensiblemente el germen nocivo de la soberbia y la arbitrariedad. Como también, en la práctica de pasadas realizaciones aprendimos cuanta es la necesidad de que las instituciones obreras sean fuertes, nó ya en su moral revolucionaria, sino que asimismo, y en igual medida, en su preparación técnica, profesional y económica. En esa actividad que vemos dibujada en el horizonte próximo, una política de seguros combinados, de aleccionamiento profesional y de cooperativismo activo deberá ser emprendida con todo el entusiasmo que puede acuciarnos la seguridad de que, el grado alcanzado en estos matices, traducirá exactamente el signo de nuestra victoria en la consolidación de la nueva etapa histórica que empezamos a vivir.

Y que no se tenga el temor de que en el desarrollo de esa gestión se moteje nuestro movimiento con el adjetivo "reformista". En la historia del socialismo europeo Pablo Iglesias fué clasificado con esta denominación por los más conspicuos dirigentes de las entidades socialdemócratas del continente, y sin embargo, aquel "reformismo", que predicó generosamente el maestro fué la sabia fértil que dió vida y permanencia al único partido socialista del mundo que, con la sola inclusión del polonés, puede pregonar a todos los vientos la constancia de su sentido revolucionario certificado con el holocausto heroico de sus legiones de sacrificados.

Las banderas gloriosas del Partido Socialista Obrero Español y la Unión General de Trabajadores de España tremolaron juntas y vibrantes en todas las apopeyas de la historia revolucionaria del proletariado español. Que esas mismas enseñas ondeen unidas los días venideros, proclamando la nobleza de los principios y la honradez, lealtad e inteligencia empleados en servirlos.

F. TORQUEMADA.

Movimiento Socialista y Ugetista en el Norte de Africa, en conexión con el de Francia

Los días 6, 7, 8 y 9 de Febrero último ha tenido lugar, en Oran, nuestro Congreso extraordinario socialista.

ACUERDOS

1.—Incorporación de nuestras fuerzas al numeroso núcleo del P. S. O. E. organizado por nuestros compañeros en Francia, formando un todo orgánico.

2.—Adhesión y reconocimiento de la Junta Española de Liberación.

3.—Establecer contacto con todos los grupos socialistas en el exilio y en España. a sido el Congreso un palmetazo para los que intentaban resucitar el "grupo izquierdistas". La masa socialista no quiere más "sectas", sólo pide un Partido Socialista unido y disciplinado.

CONGRESO DE LA U.G.T. EN AFRICA DEL NORTE

Los días 10 y 11 de Febrero, se celebró, en Oran, con asistencia de delegaciones de toda el Africa del Norte. Los acuerdos principales fueron:

1.—Incorporación de la Unión General de Trabajadores de España en Francia, a los efectos orgánicos y administrativos.

2.—Adhesión a la Junta Española de Liberación.

BOLETIN DE LA U.G.T. VUESTRO

He recibido dos paquetes y los he distribuído de la mejor manera posible enviando ejemplares a Mostaganem, a Beni-Saf, a Bel-Abbes, a Peregaux, a Tlemcen, a Oujda, a Colom-Bechar, a Alger Orleansville, a Blida, a Carnot, a Tunisi, a Casablanca, a Rabat, a Fedala y el resto a Oran. Los compañeros tienen ganas de conocer lo que se hace allende los mares.

La llegada de Amaró del Rosal a estas tierras hizo salir de su letargo. Se publicó un manifiesto, un Boletín y se convocó a Congreso. Y ésto ya marcha perfectamente bien. La nueva Ejecutiva son viejos veteranos.

COSAS DE MEXICO

El discurso de Prieto, ante la Minoría Parlamentaria Socialista, ha sido muy comentado y leído. Se han hecho reproducciones en forma de folleto.

Las sesiones de Cortes celebradas en México han despertado expectación extraordinaria, pero todavía las informaciones que tenemos son confusas y escasas, y esperamos la prensa nuestra de ahí para tener una visión exacta. Pero los refugiados, en su inmensa mayoría esperan mucho de ellas.

SITUACION EN FRANCIA

Buena. Aquí estuvo, en los dos Congresos, en representación del P. S. O. E. y de la U. G. T. de E. organizada en Francia el compañero Rodolfo Llopis. Sus informes publicados en la prensa nuestra de aquí os los envío por correo aparte, así como los primeros ejemplares del Boletín de la U. G. T. de E. en Francia. Allí han tenido que luchar con muchos inconvenientes, hasta incluso con nuestros mismos compañeros de Francia, pero poco a poco se van imponiendo.

Ellos están deseando tener contactos con vosotros, para ello se les ha facilitado vuestras direcciones.

COSAS GENERALES

El amigo Eustaquio Cañas, no habiendo tenido éxito en su intento de formar el Grupo escisionista del Partido, intenta formar la otra U. G. T. Por los indicios que tengo va ha tener idéntico resultado, pues ni los republicanos, ni nadie han respondido a su llamamiento. Sólo los "chinos" le corean, pero no mucho tampoco.

Aquí los del bloque monolítico se han dividido en dos: de una parte los que siguen al "Niño Jesús", y de la otra, los que están con la "Virgen Dolorosa". Las escisiones llegan hasta el seno de la sagrada familia.

JUAN INIESTA.



Grupo de delegados al Congreso del Partido Socialista en Africa del Norte.

Resumen de cuentas del primer trimestre 1944

ENERO					
	Pesos				
Ingresos	428.90	Folche Guimerá	2.00	Riesgo y Bahamonde, Hotel Jay	
Gastos	263.26	Enrique Lobera	5.00	Alay, de Colón (Cuba)	5.00
Superavit	165.64	A. Semitiel	1.00	Emilio Nieto, del Círculo de Colón	
		Rafael Mira	3.00	(Cuba)	5.00
		José Verdejo	2.00	José Belmonte, de La Habana	2.00
		Julián Lara	2.00	Armando Portelo, del Círculo de	
		Bénito García	2.00	Colón (Cuba)	1.00
		J. Fernández Gallo	4.00	Gerardo Ortega Pendás	1.00
		Ladislao Almadén	1.00	Ernesto Santa Cruz	1.00
		Un Bancario	1.00	Ramón Belmonte	1.00
		López Millán	1.00	Francisco Naya Mariñas	0.65
		Guillermo Fernández	2.00	Srita. Consuelo Betés Bruzos	1.00
		Alfonso Martín	1.00	José Rodríguez Regidor	1.00
		Un Madrileño	2.00	José González Ureba	3.00
		Roberto Escribano	1.00	Belisario Lana Díaz	5.00
		E. García Alvarez	2.00	José Fernández Díaz	1.00
		P. Doctoriarena	2.00	Manuel Castiñeira	0.50
		J. Sánchez Marín	2.00	Luis Iglesias	0.50
		Belarmino Tomás	3.00	Roberto Miranda	1.00
		Luis R. Solano	3.00	Hilario Alonso	0.35
		Mariano García	3.00	Antonio Díaz Quiñones	2.00
		Pedro Vélez	3.00	José Salorio	2.00
		Rafael Fraile	15.00	Benigno Miranda	1.00
		J. Ruiz Olazarán	3.00	Gaudioso Fernández	1.00
		Agrupación Socialista de Panamá	72.75	Antonio Amil Rodríguez	3.00
		Juan Docel	1.00	José Lamelas	2.00
		Francisco Miranda de Panamá	4.85	Pascual Morán	5.00
		Círculo Pablo Iglesias de La Ha-		Manuel Fernández	1.00
		bana	48.74	Dionisio Poncelis	5.00
		Emilio Galán	2.00	José Colunga	1.00
		Antonio Garulo	3.00	José Fernández	1.00
		Macario Gil	1.00	Braulio Muiña	1.00
		Ovidio Salcedo	10.00	Cándido Mañana	10.00
		Total de recaudado	250.34	Julián de la Uz	5.00
				Félix Arbesú	2.00
				Valeriano Diego	2.00
				Angel Cofiño	2.00
				José Cofiño	2.00
				Manuel del Llano	5.00
				Manuel Araoz de Varona	2.00
				Manuel Soto	2.00
				Enrique Pérez Pendás	2.00
				Jaimé Gutiérrez	0.50
				Ignacio Tejeiro	0.50
				Violeta Miranda	0.50
				Pedro Espinosa	0.20
				Miguel Díaz Alvarez	2.00
				José Cao	1.00
				Silverio González	0.50
				Moisés Sánchez Gali	0.50
				Marcelo Hernández Sed	0.50
				Manuel Guzmán Fernández	0.50
				Alvaro Fernández	0.50
				José González Ureba (Recaudado	
				entre sus amistades)	10.00
				Gerardo Cofiño	2.00
				Total general	172.00
				La Habana, 27 de enero de 1945	
				Por la Junta Directiva de la Agrupación	
				y Delegado de la U.G.T. de España en	
				Cuba, El Secretario, ERNESTO SANTA	
				CRUZ.	

MARZO

Ingresos	315.41
Gastos	170.19
Superavit	145.22

CUENTA GASTOS DELEGADOS AL CONGRESO MUNDIAL

Agrupación Panamá	145.50
G. Marcos	10.00
Cps. Durán y González	10.00
Francisco Miranda de Panamá	24.25
Agrupación del Uruguay	260.88
Círculo Pablo Iglesias de La Habana	788.85
Total ingresos	1,239.43
Gastos en cables y otras gestiones	129.70
Restan en superavit	1,109.73

SUSCRIPCION PARA EL COMPAÑERO LARGO CABALLERO

Recaudado hasta el 31 de Diciembre de 1944	1,941.25
Agrupación del Uruguay	87.30
Total recaudado	2,028.55

POR QUE SE TIRA NUESTRO BOLETIN

	Pesos
Luis Partearroyo	2.00
Ladrón de Guevara	1.00
Vidal Rosell	2.00
Santiago Calleja	2.00
Eduardo Castillo	3.00
Pedro Mendoza	6.00
C. Bilbao	2.00
Antonio Llana	3.00
Víctor Salazar	2.00
Julián Borderas	2.00
José Seco	2.00
Alejandro Otero	10.00
J. Torre Blanco	2.00
Joaquín Meda	2.00

DELEGACION DE LA U.G.T. DE ESPAÑA EN CUBA

Relación nominal de los compañeros y entidades con expresión de las cantidades con que han contribuido a la suscripción de pago de pasajes a los Delegados de la U.G.T. de España para concurrir al Congreso Obrero Mundial de Londres y recaudados por la Agrupación Socialista Pablo Iglesias de La Habana y la Delegación de la U.G.T. en Cuba.

Agrupación Socialista Pablo Iglesias	10.80
Círculo Republicano de Santiago de Cuba	20.00
Comité Pro República Española de Santa Clara (Cuba), Carreiras, Artiles y Hernández	10.00
Julián Abad, de Santa Clara (Cuba)	5.00
Emilio Gómez, Presidente del Círculo Español de Colón (Cuba)	10.00
Matías Fernández, del Círculo de Colón (Cuba)	3.00
Manuel Fuentes, del Círculo de Colón (Cuba)	5.00

LOS MARTIRES DE CHICAGO



Miguel Schwab



Oscar W. Neebe



Adolfo Fischer



Luis Ling



Jorge Engel



Alberto R. Parsons



Samuel Fielden



Augusto Spies